

EL GAITERO EN LA FIADA Ó ESPIGADA.

Veamos al Gaitero en este fabril divertimento: ahora llega envuelto en su capa, fumando un cigarro con envidiable serenidad, y acariciando al perro de casa con monosílabos que carecen de *escala* en todo el diapason. «Santas y buenas noches» dice haciendo una cortesía, y luego se persigna asombrado de ver tanta doncella empleada en faenas de la estación. Disimulado, quiere hacerse el encontradizo: perfectamente. Una trabajadora se levanta á ponerle el *tallo* para sentarse, y héteme aquí que ahora pululan los gestos y los ademanes: sonrisa general, sonrisa del Gaitero, palabras al oído, golpes de codo, pisotones de intencion y toses del momento. El Gaitero como buen actor conoce el efecto que hizo su presencia, y un gesto que hace á la *moza* que le puso el asiento vale tanto como decirle: ¿Será envidia ó caridad? Pero hay una cosa que tras el Gaitero, vienen uno, dos, tres, cuatro y hasta siete mancebos y echen Vds. nones, y todos se rien y se ponen á la sombra como muchachos de escuela en tarde de repaso. Nadie puede dudar que el Gaitero ha sido el nudo de este cordón, el precursor de esta milicia amatoria, el jefe de estos piratas de tierra. En esta comedia el Gaitero hace de barba: pausado, sereno, sardónico, severo, y envolviendo en sus palabras dulces recuerdos ó amargas memorias para las *mozas*. Músico hábil sabe las *armonías* que hay entre ellos y ellas, y despues que ha levantado un cisco que da miedo, se calla el hombre y se acerca al ama de casa que no le gustan gran cosa estas bromas. Ahora empiezan entre ellas y ellos cuentos de aquí, despedidas de allá, reconvecciones de mas acá, entre las que se deslizan *pian pianino* ó una declaracion de amor, ó una celosa amenaza. De vez en cuando es llamado el Gaitero como testigo, y él á todo vuelve la cabeza diciendo sí á secas como si jugara al escondite, y estuviera él, de pena, repitiendo «voy.» Llega el caso de que el Gaitero conoce que el ama de casa se amosca con tal barullo, y confundiendo entre todos aconseja que dejen de charlar. Redóblase el bullicio, el ama de casa rabia que se las pela, y el Gaitero, faltando al *voto de confianza* que le diera aquella, convierte en un magnífico *soirée* lo que no pasaba de una *penitencia-ria*. El Gaitero sigue en su obra, esparce la idea luminosa de apostar un *trago* al que tire su sombrero de una *espigada*, y todos se ponen manos á la obra. Nadie ignora su intencion, las doncellas se miran de soslayo, y retozan con aquel pudor previsor que tanto prestigio sabe dar á la mitad mas hermosa del género humano, y solo el ama de casa está en ayunas de esta diabólica invencion.

La cosa es hecha, la espiga vuela como paloma herida en las alas, y.... ¡*paaf!!!*... viene á caer sobre el mismo y mismísimo candil que esparcia sus lánguidos reflejos sobre esta reunion. Ya no hay remedio: aquí hay gresca; el ama de casa protocoliza aqueste insulto, el Gaitero se sincera, los mozos rien á grito pelado, las mozas se agrupan haciendo mil aspavientos, el ama de casa busca á tientas la puerta gritando desaforadamente: y... en el fondo del cuarto, por donde no se esperaba seguramente, aparece una ridícula maritornes con otro candil encendido que no parece sino la *Sonámbula* saliendo del molino. Al verse solo el Gaitero todas las palabras le parecen pequeñas para echar la culpa á los *mozos* que se marcharon, y queda en su lugar favorito, haciendo la *rosca del gallo* á una *garrida* casada que tiene su marido en *Cais*. Desprecia las voces y silbidos que dan los *mozos* desde fuera para que les acompañe á *ruar* por molinos y *fiadas*, y espera que se acabe la *veta* para seguir al querido objeto de sus ansias. Así lo ejecuta, y acompañándola hasta su casa, hacen repetidas paradas, se responden galantes palabras, y dicen sin rebozo *cántigas* de esta hilaza:

Cantan os galos á 6 día.....
O relo dos namorados :
Guapos que andades de noite
Non vos collan descuidados.

El Gaitero duerme esta noche *fuera de casa*, diciendo en ella al otra día que tuvo que hacer un largo viaje para ajustarse en la *festa do Patron* y que ha dormido en *el sobrado de un compadre*: que el Gaitero en todas partes tiene compadres.

EL GAITERO EN UNA FIESTA DEL PATRON.

No molestaré á mis carísimos lectores con la descripción de la noche anterior á esta fiesta: allí está el Gaitero tocando hasta las once en casa del mayordomo, y solo confesaré en honor de la verdad que al percibirse en la parroquia el *touporrotou* del tamborifero, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, niños y niñas, chicos y gordos sueñan en el día de mañana. Al sonido de la gaita, la alegría y la animacion no tienen término: un par de cohetes que retozaron en el aire al anochechar, y el repique general de campanas, alarmaron los corazones, las mozas limpiaron sus *cofias* (tocas), han sacudido los *manteles* (zagales abiertos de paño) y estiraron los *dengues* (esclavinitas de grana), pero al sonido de la gaita, repito, los ancianos se sonrien, los jóvenes se alegran, las doncellas se ensayan en la *muyñeira*, los *mozos* en repicar las castañuelas, los cojos se hallan mejorados, y hasta los sordos oyen por aprension, comprobando este pensamiento de las *Soledades* de GÓNGORA.

La gaita al baile solicita el gusto
.....

Al romper el día ya el Gaitero *baja á la parroquia* tocando la tierna y campesina *alborada* que repiquea con primor, y despierta el rezagado dormilon que aun piensa *que no cantó el gallo*. Todos salen á su encuentro, todos ofrecen á sus plantas los incienso de las saluciones y de las alabanzas, y son las diez de la mañana cuando vuelve á casa del mayordomo. Aquí solo tiene tiempo para descansar, limpiarse del polvo ó del lodo, segun la estacion, y *tomar un bocado* con taquígráficas maneras.

Entre tanto el átrio de la iglesia parroquial se llena de hombres y mujeres, aquellos de blancas *cirolas* y nuevos sombreros, y estas con lustrosos zapatos y ricas *cofias*, donde campea la *cinta* que simboliza la situacion de la *moza* que la lleva. Conversaciones indiferentes se ventilan entre tanto, y de vez en cuando algun suspirillo ó mirada *amante* se abre calle por los varios grupos que se arremolinan en el pórtico. La hora se va acercando: pasa el *señor Abad*, á quien todos se descubren, síguenle los capellanes, vienen despues los cantores, vese cruzar al ama del cura con algun sobrinito, vestida de *veinte y cinco alfileres*, corre el sacristan con el misal de gala al brazo, repican las campanas, y solo falta que llegue el Gaitero con la comitiva del mayordomo. De esta manera todos los ánimos están suspensos del sonido de la gaita, y apenas se percibe perdido en el eco, las mismas sensaciones de la mañana nacen en los corazones: alegría, entusiasmo, voces acordes, empellones, golpes de palo, todo está permitido en el entusiasmo lírico de estos festejadores. No hay duda, el Gaitero precede á los parientes del mayordomo con aire descuidado y filosófico, y este mensaje religioso-filarmónico merece la confianza de todos. Ahora el Gaitero no habla á ninguna persona, es altivo y orgulloso si los hay; se abre lugar por cualquier lado, entrecierra los ojos, ahueca por demas los carrillos para hacer alarde de su fuerza pulmonar, y aprobar estos versos de SALAZAR:

¡Oh! música sonora de Galicia
A donde los Gaiteros

Los cueros tocan hechos unos cueros.

Y marcha sin pérdida de momento hácia la puerta de la iglesia, saluda al pasar el mayordomo, hace de pronto callar á la gaita, y echando *dos chupadas* del cigarro de algun compadre, se limpia el semblante del sudor, hace la señal de la cruz, y sin decir oste ni moste sube al coro, que es el campo de batalla de sus operaciones lírico-dramáticas. El coro está lleno de *aficionados*, porque es el menor antecedente para una conquista amorosa al saber entonar el *introito* ó acompañar el *credo*: el Gaitero dirige á todos una sonrisa, que participa á la vez del agrado y de la ironía, la sonrisa del que se cree superior á todos. Pronto se da principio á la misa, y el Gaitero se lleva la atención de todos: ora canta en cuerda de *tenor*, ora cepilla su voz con una *tessitura* empalagosa, unas veces acompaña con la gaita por tono de *fa* á un recitado en *re*, otras sigue en altísima escala el *tutti* de los coristas del coro, y es allí á la vez soprano y bajo, Gai-



El Gaitero Gallego.

tero y flautista. Llega á *Sanctus* y coge la gaita, va á *alzarse* y prepara la flauta haciendo la *obertura* con un *andante* de *muyñeira*, ó unas variaciones sacadas de la célebre *marcha imperial*, viene el *Agnus Dei* y vuelve la gaita, *se consume*, y vuelve la flauta que sigue el canto medio tono mas subida por lo menos, y entre gaita y flauta, y flauta y gaita, mi buen Gaitero lleva á un terreno peligroso su *misa do Padron* compuesta en *variedad* de instrumentos ó de tonos. Acá-

base la misa y se prepara á salir la procesion, cuando el Gaitero baja la escalera del coro despues del *señor Abad*, y sigue á la puerta principal donde le aguardan *mozos* y *mozas*, retozando en seco que es un contento. El Gaitero sigue en su austeridad inusitada, y solo se le escapan de vez en cuando algunas tiernas miradas no vacías de sentido para muchas. Entre un campaneo insufrible y un chisporroteo de fuegos, sale la esperada procesion, y el Gaitero que sabe su puesto se coloca despues de los pendones de las *cofraderías*, y delante del estandarte de la Virgen, toca aplaudidos caprichos, y marcha con estudiada afectacion, parándose de vez en cuando porque se adelanta mucho arrobado en sus brillantes inspiraciones. En el *villancico* del crucero mayor siempre se *estrena* con alguna novedad filarmónica; es aquel su *beneficio*, y por lo regular punto mas ó punto menos, ejecuta una improvisada *cavatina* del fandango ú otra cosa por el estilo. Pero déjeme yo de tantos pormenores, corriendo un velo por estas pocas horas de impaciencia, y por el arte del diablo coloquémole sentado con su tamborilero bajo una corpulenta robleta, y formando rueda con un numeroso peloton de hombres y mujeres.

Como dijo el P. Sarmiento, es pedir peras al olmo el que no haya baile en la fiesta del Patron de cualquiera aldea cuando *todo es fiesta en la fiesta*. Y como no puede haber baile sin Gaitero, claro está que este es la persona llamada por la Providencia para animar á la gente. El Gaitero en la *baila* es terco, pesado, antojadizo, malicioso: perdió la seriedad de la mañana, y vuelve á dar pruebas de sus chistosas ocurrencias. Recogiendo de todas partes flores y miradas, *reimprime* algunas escenas de la *boda* ó del *magosto*, pero en una edicion furtiva y clandestina; mide el gran efecto de sus intrigas amorosas, y llama para su lado á algunos de los *primeros espadas* de la aldea. El Gaitero es aquí el autócrata de todas las voluntades, y no habrá miedo que siga en la mejor *figura* de la *muyñeira*, si cualquiera prójimo le brinda con un vaso, ó un cigarro de amigo. Malicioso y pertinaz, toma por asalto los medios que le conducen á llevar parte en la fiesta, ya acelera el compas cuando dos *queridos* bailan solos, para que perdiendo el baile, digan todos que están ciegos como ellos solos, ya muda de *tocata* para frustrar los proyectos de aquel otro que pide en alto que rija la danza, y en todas las ocasiones dirige como se le antoja tan concurrida *baila*. Con una mirada, da el Gaitero un consejo saludable á la desconsolada *moza*, reprende á la casada que se olvida del que está en *Cais*, indica al tamborilero que están flojas las correas del *pandeiro*, y alegra al celoso *mozo* que no quiere bailar. De esta suerte alimenta aquella sempiterna chismografía que reparte en las tabernas, que enmienda en la tertulia del *señor Abad*, y que comenta en el ático de la iglesia en las noches de *lunar*.

El Gaitero es el foco de tanto entusiasmo, y el reverbero de grupos tan variados: en él se apina lo bello, lo interesante, y recibe tal apoteosis de estos benditos de Dios, que lo envidiaría el mismo Homero, si no fuera ciego, como nos lo cantan viejos pergaminos. Viene la noche, y el Gaitero deshace este *coso* campestre, lleva la *baila* á casa del mayordomo, descansa por un rato, poniendo de lo mas flaca á la *gaita*, á ese cachazudo instrumento que con la antigua *ci-tola*

non ama caquil hallaco
Mas aman la taberna é sotar en bellaco.
(ARCIPRESTE DE HITA.)

Y entrega su boca al dulcísimo brebaje que encierra la mas cercana *pipa*. Ahora se vuelven por todas partes las caravanas que llegaron á la tarde, se dispersan los pelotones de género epiceno, y entre las conver-

saciones que se mueven con mas calor, no deja de figurar en primera línea la del mérito del Gaitero, combatido por alguno que ha sido despreciado de su *querida*, gracias á los manejos de él; ó por otro personaje á quien dió de palos á la salida del molino, ó al pasar por la puente del lugar.

El Gaitero llega á casa del mayordomo con mas ganas de dormir que de otra cosa, y pronto se le cumplen los deseos, pues todos padecen de esta enfermedad, y se despiden con el ángel hasta el otro dia. Esta es la única en que el Gaitero es enemigo de toda *cuestion incidental* que haga prolongar la *sesion* del baile casero: marcha con su madre de Dios y veinte reales del pico hácia su casa, y llegar á ella y echarse en cama es todo uno... Al otro dia... pero ya es tiempo de que deje en paz al Gaitero que anda de ceca en meca sin tregua ni descanso. ¡Quiera el cielo que se entregue en brazos de Morfeo, adormecido con los pámpanos saludables del *Rivero* ó del *Ulla*!

La vida del Gaitero es un coche parado; no hay romería, no hay diversion en Galicia que no comparta con él sus placeres y dolores. Solo una vez en la vida asiste como todos á una oracion religiosa... ¡fe-

nómeno singular!... solo una vez se le ve en la iglesia envuelto en su capote y con la frente arrugada..... Mala señal..... Esto me huele á entierro, y tengo una aprension que Dios me libre..... mas..... ¡alto! El Gaitero sufre entónces una trausmigracion pitagórica, es el hombre campana de Victor Hugo, y dicen las gentes acongojadas con el dolor que inspiran los *finados* y el recuerdo que despierta la aparicion del *músico*: « hoy tenemos *campanas* por *gaita*, y *clérigos* por *bailadores*, » comparacion tan espantosa que me hace soltar mi mal cortada péñola.

ANTONIO DE NEIRA.

EL SERENO.

ESTE grotesco mosaico que llaman mundo, abunda de toda casta de pájaros y como nuestra *libre* nacion, que en efecto *libre* se halla de muchas cosas, está plagada de cuantos seres pueden contribuir á su bienandanza y progreso; pero que no contribuyen; cualquier católico dado á beneficiar, *esplotar* se dice hoy, tan



El Sereno.

preciosa mina, retratando los tipos que pululan por esos andurriales, se encontraria ante un *maremagnum* de ellos, titubeando en la eleccion como un empleado entre dos pronunciamientos. Yo, por fortuna, estoy ya fuera del paso, pues hace dias que, en uso de mis derechos, me decidí á pintar con palabras, que no es menaguada tarea, uno de los entes humanos, cuya vi-

da se diferencia en mucho de la de sus prójimos. Ya habrán conocido mis lectores, y si no lo conocerán muy pronto, que el hombre que les voy á poner delante es... el Sereno.

Me figuro que seria música celestial el hacer una digresion erudita para dar noticia del origen de los *serenos*: pues por mucho que investigara, solo saca-

ria en limpio lo que ya se sabe sobre el particular, cosa que sucede muy á menudo, y volverme los sesos caldo: desgracia que rara vez acontece aunque se dice muchas.

Como Adán nuestro padre, que antojadizo debió ser y además hombre de tomo y lomo para dejar tanta prole, tuvo la humorada de no querer cumplir un decretillo de mala suerte, y se quedó por sus calaveradas á la luna de Valencia, sus descendientes por imitarle dieron en el mismo prurito, en cuya gracia no ceden los españoles al africano mas pintado, y de ahí estos percañes de la humanidad, estas *faltas*, aliando *sobras*, que hacen indispensable que unos vealen para guardar á los otros mientras duermen; todo lo cual unido á nuestras necesidades, *libre albedrío*, y otras zarandajas dió lugar á la institución del *Sereno* ú hombre de la hora (Wachman) ó guarda nocturno (garde de nuit). Enjareto aquí estas calificaciones en columna cerrada, por lo que pueden contribuir al conocimiento del ciudadano que voy á bosquejar, y no por jugarla de sabio, que maldito punto calzo de este material. Mi héroe se distingue de los otros *animales* de su especie (noten Vds. el contraste de la transición) en lo que la lechuza de los demas pájaros; tienela garganta enmaderada como la calle angosta de Peligros, el pulmón mas duro que pecho de prestamista y entero y verdadero está á prueba de los cuatro elementos: en fin, un hombre murciélago, cuya vida constituye un tejido de aventuras, novedades y misterios, con sus atractivos y repulsivos como todas las cosas de tejas abajo y aun de tejas arriba, en donde tampoco faltan azares.

El empleo de *Sereno*, como otros muchos, pasa generalmente de padres á hijos, y aunque el siglo XIX metió tambien su hoz entre la gente que ejerce sus funciones lícitas en la oscuridad, no destruyó por completo las venerandas costumbres que con tanta razón conservan los encapuchados cantores de chuzo en ristre y linterna en mano. Así pues, si se quiere ver al *sereno proyecto*, hay que buscarlo al lado del curtido autor de sus días, pasando un noviciado que si no esceda de los monjes benedictinos le aventaja en variedad y duración lo que no es decible. Amaestrado el catecúmeno con las lecciones de la experiencia y del ejemplo, acostumbrado ya á velar, lo que no consigue casi nunca sin la ayuda de algunas persuasivas insinuaciones, con las vueltas del capote paterno ó el asta del chuzo, diestro en volver en sí á su *modelo* cuando se halla adormecido, al pasar el que cuida de que sus subalternos no peguen los ojos durante la noche; comienza el jóven aspirante por limpiar los reverberos de las calles que su padre vigila para ponerles en disposición de arder con la economía de costumbre, y para encenderlos puntualmente para que los cristianos no se desnariguen á encontrones en la lobregez. Cuando el *Sereno* en embrion ya tiene dadas pruebas de inteligencia y de acierto, que no siempre van juntos estos entes abstractos, principia á mostrarse la confianza paternal en él depositada, y despues el relacionarle con los cólegas de su padre y de valerse este de toda la influencia que tiene con su inmediato jefe, sale el experimentado pretendiente á hacer las veces del maestro, á quien tarde ó temprano, por mal de entrambos, habrá de reemplazar.

Todas las pruebas dichas necesita el verdadero *Sereno* en ciernes para *debutar*, y si por lo que antes he dicho acerca de esta inmutabilidad de nuestra época no sucede lo mismo algunas veces, culpa será de este siglo fosfórico que hasta destruye los tipos sustituyendo á todas las cualidades que dan diferente carácter á muchos individuos de la humanidad, con una que solo deja ver al hombre, nada mas que el hombre; esta cualidad que en muchos se presenta ya como el único móvil de cuanto hacen, es el interes que obliga á penetrar en lo íntimo del corazón, y á considerar á la

humanidad igual egoista y débil, porque como dijo un bardo español pocos años há:

es el interes tan ciego,
tan desaforado y loco,
que la amenaza y el ruego,
hasta el vivir y el sosiego
á su desenfreno es poco.

Dos carpetazos á estas consideraciones capaces de conducirme sin propósito al abuso mas perdulario de la razón, del filosofismo, y torno á la tarea de antes, mas grata y entretenida de seguro para mí y para los que leen lo que escribo.

A cierta hora de la noche, mas tarde ó mas temprano, segun la estacion y el pueblo, se reúnen los *serenos* ya cerca del ayuntamiento, ya de la casa del que la preside, si este es amigo de comodidades, ó en otro sitio convenido, para recibir órdenes, y allí departen acerca de las novedades, de la noche anterior si en ella tuvo lugar algun suceso notable. Es de ver el apretado grupo que forma aquella celada turba, y son de oír los chistosos comentarios con que algunos amenizan el diálogo, y las simultáneas enmiendas con que *episodizan* (este verbo y el *debutar* valen un congo) la narracion hecha por los testigos de la ocurrencia y los que quieren aparecer como tales. Sin ningun acontecimiento ruidoso al debate de toda la asamblea, se divide esta en secciones (locucion parlamentaria) y en vez del golpe de vista que ofrece el bullicioso grupo de capuces, lanzas y faroles, se descubre otra perspectiva mucho mas variada y digna de atención. De un lado y de otro aparece la encubierta falange como en guerrilla. Aquí cuatro compañeros, que hacen el servicio en barrios contiguos, se ponen de acuerdo para auxiliarse en caso de peligro: allí está otro peloton mas numeroso comunicándose instrucciones relativas al cuarto bajo en donde con mas ventaja se puede tomar un *tente pie*. Muy cerca hay otros cuantos de la sombría legion, platicando sobre las ocupaciones mas compatibles con su empleo; detras de estos, mas camaradas paseando sin direccion fija, y dando vueltas en su disparatado testuz á proyectos tan variados como las sombras fugaces, pavorosas y disformes que dibujan en torno de los embozados bultos, las linternas pendientes de los altos chuzos, arriados á la cercana pared. Estas reuniones son mas animadas y dignas de estudio cuando algun individuo (miembro, dicen los traductores) de la comparsa está afectado de cerotipia (vulgo, medrana) lo que rara vez sucede, y tiene la debilidad de que se le conozca el pie de que cojea, entonces lo toman por pito sus compañeros, acabando ó por aburrirle y hacer que deje el gremio ó por curarle de su dolencia, en cuyo caso, queda hecho el verdugo mas temible de la primer víctima propiciatoria que caiga por banda. En estos dares y tomars mezclados con aquellos dimes y diretes, llega el momento de recibir las órdenes oportunas, y sobre la marcha se separan los grupos á guisa de mochuelos, y se dirige cada *quisque* á su destino, y moviendo en la oscuridad los largos chuzos de que penden tristes linternas presentan desde lejos la perspectiva de algunas góndolas, iluminadas y medio ocultas entre la bruma del piélagos.

Seria un absurdo el que un *Sereno* careciese de *serenidad*, y por esto y por el cuadro anterior se puede venir en conocimiento de que ningun gallina (aquí *gallina* varia de género) sirve para el caso. Llega el *Sereno* á su barrio tan inalterable como su nombre, y sin importársele un ardite de que hormigueen ladrones y caigan peregrinos de hierro, da una vuelta por las calles, confiadas á su vigilancia; su ferretuelo es á *prueba* de bomba, sus borceguis á *prueba* de charcos, su chambergo á *prueba* de lluvia, y todo él en cuerpo y alma á *prueba* de fatigas y trabajos; de manera que nadie se atreva á *probar* esta enciclo-

pedía de pruebas, sin riesgo de que le prueben y no por buena parte.

En las primeras horas de centinela suele estar el Sereno parapetado en un guardacanton, al que arrima su báculo, y cerca del que da cortos paseos en invierno y se apoya en verano, mientras fuma ó forma su plan de campaña para el resto de la noche. Dadas las doce, hora en que apenas pasa gente por las calles, principia el solitario cantor á recorrerlas á sus anchas, contando los minutos por los pasos, hasta el momento de emprender sus operaciones, con las que se le pasa la noche en un santiamen, á no ser novicio el paciente: en este caso no tiene mas solaz que alguna ligera conversacion con el compañero, con quien topa por casualidad al doblar una esquina, ó á no impedirlo, alguna de Dios es Cristo, á la que atiende, aunque tenga que dejar plantado al lucero del alba.

Como es obligacion del eterno iosomne de luengo capote y encerado sombrero cantar las horas nocturnas, y no siempre puede hacer esto sin mojar la palabra, cuida mucho de recibir los obsequios que le ofrecen los amos de tabernas, los de hosterías y algunas dueñas de otros establecimientos. Por eso despues de echar varios tringües y de meterse entre pecho y espalda algunas bicocas, se muestra dispuestísimo á hacer la vista gorda, en favor de sus amigos; porque como él dice, y entonces dice bien, «tiene corazon blando y todos necesitan vivir como Dios les dé á entender; pues los tiempos están malos y... (al pronunciar estas palabras sopla una ventisca de doce millones de demonios) enciendo un cigarro y sin hacer caso del aire y el aguacero, se echa á la calle, para andar las estaciones en otras ermitas; generalmente asegura al despedirse que sale á velar por la seguridad individual, y en efecto dice una verdad, mayor que el pico de Tenerife, pues se cuida en todo y por todo segun su leal saber y entender. Las visitas del Sereno son mas breves todavía que las del médico, porque tiene que cumplir con muchos conocidos y desconocidos, y no es hombre de quedar mal con nadie: él tiene su cartilla, y cuenta entre sus máximas predilectas la de que necesita del mundo entero para poder salvar con ventura este valle de lágrimas: por lo mismo es muy frecuente que á las doce y media de la noche se halle tomando un refrigerio en alguna salchichería, y que al cuarto de hora esté al cancel de un porton, para servir de caballero á alguna cristiana suelta, despues de pasar por dos ó tres casas de confianza, en las que se cuela al oír jaleo, mas por evitar bulla y disgusto que por echar los piscolavis, con que restablece la buena armonía entre la gente de broma.

El Sereno es hombre aprovechado, y aunque lego en materias de derecho, está muy al corriente en el de acrecer, y de pescar á todo prójimo perjudicial á los demas: como es natural él se pone á la cabeza de estos demas, atendiendo al principio de su cartilla de que la caridad bien ordenada comienza por sí mismo. Este protagonista, verdadero antítesis de la humanidad durmiente, convencido hasta la médula de los huesos de que sus honorarios no recompensan cual merece su trabajo, procura, para conservar el decoro de la clase, sacar el jugo á los servicios que presta en tantos conceptos á personas de tantos conceptos y no deja pasar una rata que no contribuya de un modo ó de otro á la prosperidad de los emolumentos, cuyo minimun se fija en su imaginacion, sin poner nunca límites al máximum. A las claras se deduce de los precedentes sentados (estilo de escolásticos, gente azaficcionada á los asientos) que el Sereno es hombre de relaciones, y no relaciones así como se quiera, sino de aquellas cuya numerosa variedad volvería tarumba al mejor corchete y al esbirro *policiaco* de mas antigüedad: trata tambien con estos dos últimos nenes, pero solo por via de compromiso, á

fin de que no le vayan á la mano en el ejercicio de sus facultades.

Cuando el nocturno chantre canta la una de la noche, entra de lleno en sus funciones, rompiendo la marcha por colocarse cerca de las casas de juego, que olfatea como perdiguero la caza, y su admirable tacto le hace el encontradizo con los gananciosos, á quienes entretiene hasta hacer soltar la mosca: verificada esta operacion acompaña alguna señora de manejo (así llama él á la mujer del milagro) que por mas señas tiene mucha mano en los ministerios: ó en su defecto algun forastero; y aunque ambos le digan, dejaron en la banca el último maravedí, se da traza de sacarlos algunos, sin que los pacientes echen de ver que su generosidad los deja por embusteros. A bien que nadie se para en tales pequenezes, cuando se engolfa en despejar la incógnita de alguna combinacion de *helados* ó *judías* que contra todas las probabilidades, salvo el parecer del banquero, les salió fallida. Al volver el solícito acompañante, de dar tan finas demostraciones de su amabilidad, suele encontrarse con los descuidados que se quedan de patitas en la calle, por haberse distraído en alguna parte, y porque su *fámula*, que está trabajadísima de los quehaceres que pesan sobre ella en casa de tantos huéspedes, se recoge con tiempo para no perder de trabajar con Dios si se descuida de noche: como aquellos hombres no saben dónde dar con su cuerpo, se valen del Sereno que les proporciona cómodo albergue, matando así de un tiro dos pájaros, es decir, sacando raja del hospedador y de los hospedados: esta partida doble, que toda la noche interrumpe al Sereno en sus mas difíciles cálculos, no le embaraza para resolver todos los problemas; porque la tal partida pertenece á la multiplicacion que le es tan familiar como á un ministro de hacienda. Los caballeros del milagro, que nuestra galomanía llama industriales, comunmente están de acuerdo con los Serenos, en cuyo amor y compañía cumplen con el instituto de la órden: esta les da su investidura sin necesidad de espaldarazos; pero no les admite en su seno si no van por el campo del derroche, que mas tarde ó mas temprano les conduce á la extrema necesidad, único resquicio por donde se cuela en la venerable hermandad este ingenioso tipo del siglo xix. El hombre-buho conoce el camino de pacotilla, no ya á palmos, como la gente del milagro, sino á pulgadas, como los individuos de la *pilocracia*, de modo que saca meollo hasta de los que viven de sacarle: los entiende muy bien y sabe que son arrogantes por egoismo.

El Sereno que al formar el presupuesto de sus gastos tiene en la punta de la uña todas las obvençiones que él llama su *pie de altar*, y yo altar de sus pies é islas adyacentes, no podria igualar el cargo con la data si solo contase para ello con los ingresos enunciados: cuando ya los tiene en caja (*giro comercial*), á fuerza de paseos y extrategias, aun le falta, como suele decirse, el rabo por desollar. Los contrabandistas son generalmente los que hacen al Sereno el caldo gordo: le necesitan para mas de un dia y procuran, por egoismo tambien, como los de la bandada anterior, tenerle mas contento que á una novia: él por su parte hace lo mismo, la utilidad es recíproca, y la cosa dura á pedir de boca. Por último, para que nadie se escape sin pagar la patente al ciudadano en vela, cobra un impuesto *ad libitum*, á los dependientes de las casas, á los inquilinos y á los dueños de ellas, porque unos le necesitan de guia, otros de capa y muchos de fiscal, y él se presta á fiscal, capa y guia de todos.

Por pascuas es cuando el Sereno ve el cielo abierto; mas claro, coyuntura de hacer la suya: al efecto se esmera en anudar relaciones, notándose entonces que su trato es mas agradable, su voz mas clara,

y que se muestra mas servicial con todo el mundo. Llegan los días de coger aguinaldos, y mi hombre, ademas de acudir á ello con sus compañeros, cuida de ganarles por la mano, visitando anticipadamente á los benéficos vecinos, y dando tales pruebas de su táctica piscatoria, que al contemplarla se quedarían viendo visiones los recaudadores de impuestos y los franciscanos mas prácticos en la cuesta.

Todas las cualidades características que de tan interesante tipo he presentado hasta aquí, pueden reducirse, como si dijéramos, á vida y dulzura ó *tortas y pan* pintado, pero es de advertir que solo ellas pueden conservarle en su espinosa aunque envidiada posicion social. No hay que extrañarlo, si los mómios faltan al Sereno, si la fortuna se cansa de favorecerle, le saca de su encapuchada clase, para confundirle en otra que se lo sorbe como la mar á los barquichuelos.

Cuando las gentes de mal vivir hacen alguna fechoría y no se les encuentra la pista, el Sereno, en cuyo barrio tiene lugar el desaguisado, puede contar que le toca la china ó mas bien el chinazo, ó hablando en plata, que se intriga para quitarle el turron (frase peiodística) de la boca, porque es de saber que la empleomania ha hecho tales progresos en esta bendita tierra, que para una esquina en que hay diez mozos de cordel propietarios, se encuentran 20 sustitutos, cuarenta interinos, 80 auxiliares, 160 suplentes, y 300 y tantos galafres que aspiran á serlo. De aquí se deduce, que á tal razon jamas faltan moros en la costa, y que el cristiano á quien combaten tiene que correr el temporal si no quiere irse á pique en el instante. Llegado tan apurado caso, no hay por lo regular mas salida que la de los pavos, esto es, la de largarse con la música á otra parte, para que otro artista principie su carrera.

Se dedica á ser alquilador de caballos, ú á otra ocupacion productiva: este trabajo continuo deteriora su salud, pero él no lo nota casi nunca, hasta que una pulmonía le convierte en tipo del otro mundo, adonde no pienso seguirle por ahora.

JOSÉ MARÍA DE ALBUERNE.

LA ACTRIZ.

NADA hay que se parezca menos á un hombre que un actor, ni mas á una mujer que una actriz.

Este ser débil que ha nacido para regalo y castigo del género humano, aprende en su niñez dos cosas: á luchar y á mentir. La lucha es su arma en el recinto doméstico; la mentira la protege en público. Con su padre, con su marido, con su hijo, lucha; con su amante, con su amiga, con su favorecedora, miente. Estas dos palabras reasumen la vida toda de la mujer, desde la cuna á la tumba. El vulgo, empero, sin variar la idea, cambia el nombre: llama á la lucha firmeza, á la ficcion, poesía.

No falta, pues, á cualquier mujer, para ser excelente actriz, mas que belleza y educacion, pues que la naturaleza á todas regala con las demas dotes de que han menester.

Bajo este hermoso cielo de España, cuyo vivísimo azul no empañan nubes plomizas, al calor de los rayos del sol, que dora benéfico las espigas de nuestros campos, y las cúpulas de nuestros templos, al soplo bienhechor del aura mecida entre los nardos del vergel, y ondeante sobre la cascada del cerro, es tan fresca, tan inspiradora, tan poética la hermosura, que cualquiera diria que es esta la tierra privilegiada de las actrices.

No hará seis meses todavía que trajo á Madrid el deseo de lucro á uno de esos célebres empresarios

franceses de la legua, que cuentan la extension de su carrera por el número de veces que han quebrado. El tal andaba siempre á salto de mata; pues gustaba mas de contar las estrellas del cielo, que las vigas de la cárcel, durmiendo una noche en Provenza y la siguiente en Flandes, por temor de dormir en un mismo sitio mas de dos seguidas y á cuenta del Estado; que es usanza desconocida entre nosotros, como lo es el crédito, ese amoroso y paternal cuidado que tienen los poderes públicos de pagar el hospedaje á los deudores morosos y tibios. Al tal héle visto yo burlarse del gobierno holandés, que es blando como la manteca del Brock, ó como el queso fresco de Alkamaar, ó como el corazon de las hermosas de la Frisia; héle visto en Amsterdam, siendo objeto de la saña de una compañía de famélicos y engañados cantantes italianos, que sacó de ahogos la admirable habilidad y maestria de una de nuestras mas interesantes paisanas; y héle visto, en suma, dar con su oficio de empresario al diablo, liar los bártulos, cruzar el Rhin, el Moerdyk, el Escalda, el Senna con dos enes, el Sena con una sola, el Garona, el Adour, el Bidasoa, el Ebro, y por último, llegar á las orillas del, rico en puentes, Manzanares. Este hombre era un hábil general: á negociador quebrado, España es un Eldorado. Hemos venido á punto tal, que no sé ya si los Estados-Unidos nos aventajan: la ciencia del enredo, de la trapisonda y del engaño está en Madrid, cual en parte ninguna, organizada. Aquí, donde nadie confia en nadie, parece que no hay obligacion de tener miramientos de honor y delicadeza; son batallas continuas en que el vencedor recoge sin escrúpulo los despojos.

Así, pues, nuestro empresario escogió buen terreno para sus nuevas hazañas: Madrid debía ser para él lo que Waterloo fue para Wellington, lo que para Pedro el Grande Pultava, lo que el tapete verde para Massoni. Imaginó que Madrid acogeria con entusiasmo, como si en Madrid fuese conocido el entusiasmo, la noticia de la llegada de una excelente compañía de comediantes y comediantas francesas; y de aquí deducia, que llegar y tener quien construyera un teatro para su uso, quien le diese dinero, que era el alma del negocio, y le diese las gracias, lo cual importaba menos, seria asunto de llegar y hablar. Se aplicaba á sí mismo el célebre *veni, vidi, vici*, del Romano. ¡Cuitado! Creia que en España se pagan las ideas, y que el idioma de Corneille es popular en España, donde nadie gasta ni tiempo ni dinero en aprender el suyo propio.

Pero, dejemos á un lado la historia del buen francés: sáquelo su ingenio del empeño en que se ha metido, y si gana, con su pan se lo coma, y si se ahoga, que lo entierren ó que no lo entierren, que es lo mismo para mí y otros muchos; hablé de este señor tan solo para referir una ocurrencia suya.

El mismo día en que llegó á Madrid fué al Prado, paseo en que nunca falta polvo, coches contemporáneos de Quevedo ó Villamediana, y hermosas. El iba, como es de presumir, por este último renglon, pues entraba en su cálculo estudiar de qué modo recibirian á sus farsantas parisienses los aficionados madrileños. Buen método para llegar á tan supino conocimiento era notar el rostro, el cuerpo y el alma de las bellas que por el Prado paseaban, pues estas le darian aproximada idea de las que, escogidas entre ellas, debian ser las delicias de los concurrentes al teatro.

Era una tarde de estío; el sol despedia el primer resplandor de su crepúsculo; nubes de jalde y escarlata velaban la tumba del astro del día; las fuentes vertían pausadamente sus cristales; las flores esparcian sus perfumes, los pájaros despertaban del letargo del día. Innumerable muchedumbre de seres cruzaba los anchos salones del Prado; unos por ver,

otros por ser vistos. Pertenecían, sin duda, á este último número infinitas hermosas de todos gustos y estaturas, cubierto el abundante cabello y el turgen-te cuello con una gasa blanca, tan blanca y traspa-rante como debieran ser su alma y pensamientos. Al verlas tan frescas y lozanas con ojos tan provocado-res, con garbo tan oriental, con lábios tan rosados, con manos tan bien torneadas y sonrisa tan atrevida, desconsolado el buen frances, hubiera querido sumir á los pies de la Cibeles su destemplada cabeza, si la afición á ver á nuestras lindas paisanas no embarga-se sus sentidos. El fue, sin embargo, el primer ex-tranjero que las vió, por primera vez, sin íntimo go-zo, sin propósitos de felicidad.

Si estas son las mujeres no escogidas de Madrid, exclamaba, es decir, las que vienen, porque quieren venir, sin patentes de hermosura ¿qué serán aque-las que un inteligente empresario haya escogido en

la clase mas numerosa y mas bella, por mas moral, de la sociedad, esas actrices, que son en todas par-tes el tipo de la belleza, del buen gusto en el adorno, de la pureza en la voz, en el acento, dechado, en esuma, de todas las perfecciones?

Una hora mas tarde hallábase el iluso viajero incó-modamente sentado en una luneta del único teatro de Madrid en que se representaba aquella noche. No era, por fortuna suya, el del Circo, ese panteon de toda ilusion, parodia de un teatro, oscuro, irregu-lar, apestoso de humo de cigarro y de aceite, negruz-co y de mal tono, en que reúne la maestría, nueva en Madrid, de una bailarina, lo mas culto y selecto de la sociedad de la córte. Era otro teatro si no bue-no, al menos mas decente y tolerable que este; esca-samente alumbrado tambien, pero al fin con formas regulares y sencillas.

Alzóse el telon, y aplicando la vista, con el auxilio



La Actriz.

de su buena voluntad y de unos hermosos anteojos, pudo el frances divisar algo de lo que en la escena pasaba. Representábase una mala é incorrecta tra-duccion de uno de esos dramas modernos cuya gloria parecida á la de los fuegos fátuos, fue brillante, pero breve. No le pareció del todo malo el aparato es-cénico, si bien se notaba que era mayor el respeto al gusto que á la exactitud, achaque comun de gente que no confia en la instruccion del público, y teme la mordacidad de su crítica.

Pasadas las primeras escenas que nada de extraño

ofrecieron, notó llegar nuestro observador el suspi-rado momento de su estudio. Temblaba como la hoja en el árbol á medida que se acercaba instante tan fa-tal y que, segun suponía, con fundamento al pare-cer, seria para él un tormento y desengaño. Armóse de resignacion y limpió los cristales de sus gemelos para mejor ver.

Era protagonista de aquel drama, en la concepcion del poeta, una jóven tan ideal como la Ophelia de Shakspeare, tan severa como la Lucrecia de Ponsard, tan poética como la Margarita de Goethe. Del feliz y

acertado desempeño de este papel dependía el éxito de la obra, porque todas las fuerzas del autor se habían reconcentrado en su genio para dibujar con delicadeza y esmero esta suave lisonjía. Involuntariamente tendió la vista el empresario á los palcos que formaban el semicírculo del teatro, y en ellos vió á innumerables hermosas, muellemente reclinadas para mejor ver ó ser vistas, en sus cojines de terciopelo encarnado, de las que, la menos linda, podría realizar los sueños del poeta. Si no fuera desusado el citar por escrito los nombres que todo el mundo repite de palabra, no desperdiciaría esta ocasion de nombrar á las joyas de nuestros bailes, de nuestras tertulias.

La actriz que habia echado sobre sus hombros el grave peso de eclipsar á tantas bellas, y de corresponder al retrato sublime de un poeta exaltado representando á una jóven ideal pura y poética, era una moza de chapa, como dice Sancho, hecha y derecha con pelo en pecho, y que pudiera sacar la barba del lodo á cualquier caballero audante ó por andar que la tuviere por señora. Al primer aspecto parecia su cuerpo formar un cuadro perfecto; pero bien examinada aparecía la extension de la cabeza mas alta que ancha. Su color era agitanado con ribetes encarnados, nariz torcida á un lado como tapia vieja, los dientes tan largos y tan limpios ¡cosa estraña! que unos los tenían por de hierro, y otros los juzgaban alquimia. Moza rolliza, en suma, que así podía rastrillar lino como trillar en las eras, como representar dramas. Toda obesidad aleja el idealismo, toda negrura de rostro la pureza, y toda irregularidad la poesia.

Habló, y este es el caso de decir, como Quevedo, que

puso suspension y espanto,
mas que lo dulce del canto
la novedad del intento.

En efecto, su voz podríase comparar con la de la señora Aldonza Lorenzo, quien se puso un día encima del campanario de su aldea, á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre.

Por último, la protagonista susodicha no era de las que podían pasar por los bancos de Flandes.

El curioso extranjero, despues de volver en sí del aturdimiento que semejante vista le causó, dirigió algunas preguntas á su vecino, para saber el nombre y demas particularidades de la actriz. Esta última parte no era, por cierto, menos sorprendente que la primera. La actriz, cuya fealdad y prosaismo admiraba, era nada menos que una mujer casada, muy honrada y juiciosa que vivía sin escándalo ni amantes, con el corto salario que ganaba, manteniendo á sus hijos, á su madre, y á sus hermanos. Para que se entienda el motivo de esta extrañeza, fuerza es que sepa el lector, si no lo sabia antes, que, en el extranjero, son las actrices lo opuesto de lo que en España por lo general. Aquí son las comediantas feas, ordinarias y honradas, del otro lado de los Pirineos son exactamente lo contrario.

Ahora bien. ¿En qué consiste que en esta tierra de hermosas, en que el instinto de la finura cunde hasta la clase mas infima, son tan poco poéticos estos intérpretes de Calderon y Lope?

No hay necesidad de meditar mucho en ello para hallar una razon que convence, de la necesidad de esta triste condicion.

En España, hasta el día, ha sido la raza de actores y actrices una verdadera casta separada de la sociedad por las preocupaciones, y condenada á vivir en el seno del abatimiento y abyeccion. No salían al teatro, como en todas partes, esos jóvenes de ambos sexos,

que, despues de haber nutrido su infancia con una educacion clásica, desgracias de familia ó aficion y entusiasmo llevan al proscenio, sino hijos nacidos de padres que son igualmente cómicos, nietos de abuelos que lo han sido tambien, y de bisabuelos que eran hijos de otros comediantes olvidados. Así es que el tronco de este árbol sin riego, pertenece tal vez al siglo de Lope de Rueda, en que era tan contrario á la decencia representar comedias.

La tradicion que se ha conservado en estas familias, y que forma su único patrimonio, lejos, pues, de favorecer al arte, le perjudica de un modo visible. Salva alguna feliz escepcion, para aprender es necesario ver; y para ver es necesario vivir en la sociedad culta. La niña destinada al teatro ve solo á su familia, y á las de sus compañeros de casta, de las cuales ni un solo individuo ha pisado jamas escaleras alfombradas, ni llevado á sus labios el néctar del Tokay; ni el templo ni la tradicion le enseñan esos modales de buen gusto, que forman la base de una educacion escogida, elemento de todo porvenir artístico. Así es que esas infelices criaturas que nada han visto, que nada han podido aprender, siempre que se ven obligadas á representar un personaje de sociedad elevada, tienen que acudir á la adivinacion, que no siempre es la mejor consejera. Así es que esos cortesanos de la escena, esas princesas de las tablas, causan risa á quien ha pisado con frecuencia los alcázares reales. Es en ellos insolencia lo que soltura en los que tienen uso de tratar á personas reales, humillacion afectada y torpe lo que acatamiento elegante en quien sabe los fueros que debe á la estirpe soberana.

Ya que la experiencia enseñe rara vez, en ninguna parte del mundo, á las que se destinan al teatro, estos elementos de educacion por el abatimiento en que suelen hallarse sus familias, siempre les queda la tradicion y un medio eficaz de adquirir tan precioso conocimiento. El trato con personas que lo saben todo, que todo lo han visto, del cual no las aleja ni la posicion de sus familias, ni su finura, es una nueva educacion, si no tan provechosa no menos útil que la directa. En España sabido es que, apartando alguna honrosa escepcion, nadie trata con actrices, que llama el vulgo comediantas, ni estas por lo general han tenido jamas medios de tomar ese baño de buen gusto que rejuvenece las razas. Por eso no es el arte cómico, falto de renovacion y escuela, un arte sino una rutina.

Que hay escepciones ¿quién lo duda? De una voy á hablar con aquel respeto y miramientos que el sexo femenino se merece, unas veces por ser bello y todas por ser débil.

En uno de los últimos años de Aranjuez, es decir, en que Aranjuez todavía brillante y rico con sus cuidados árboles, fuentes y cascadas, daba hospedaje, sombra y solaz á la real familia española, su séquito y el séquito de su femenino séquito, tuve yo la fortuna de abrigar bastantes ilusiones en la frente y deseos en el corazon para cambiar mi modesta habitacion de Madrid por otra mas modesta en el real sitio. Las mañanas en los jardines del Príncipe, al medio dia en los de la Isla, las primeras horas de la tarde en la hamaca, y las últimas en la calle de la Reina: hé aquí mis ocupaciones de todo el día hasta que el crepúsculo cesaba de esparcir claridad. Pero al entrar la noche con su lúgubre manto, fuerza era buscar donde pasar algunas horas siquiera para guarecerse del tedio, interin llegaba la hora de los sueños solo interrumpidos por las realidades de la fresca y deleitosa mañana.

Tomando parte del tropel de gente ociosa dirigiáme yo al teatro, en donde una compañía de actores de S. M., ejecutaba comedias mejor ó peor escogidas. La compañía de S. M. era una reunion de cómicos todavía en estado de crisálidas, que esperaban por medio de

la proteccion de algun gentil-hombre ó exento de guardias, llegar á tener la fortuna de pisar algun dia los teatros del Principe ó de la Cruz, término de sus mas atrevido anhelo. Llamaba nuestra atencion particularmente una linda actriz de unos quince mayos, pues era hermosa como el mes de mayo en que la veíamos, erguida como una palma cargada de racimos de dátiles, delicada como una rosa, y candorosa como una paloma. Sus ojos, aunque negros y españoles, eran modestos y tímidos; sus lábios, aunque desmayadamente rosados, eran castos, y su voz argentina y suave. No diré que su cintura era como un mimbre, ni haré las demas comparaciones de costumbre, lo cual parecia á algunos una leccion de historia natural; baste decir que era hermosa como un ángel.

Muchos éramos los codiciosos de su cariño, y muchos los que intentamos conseguirlo. El primer paso que dimos fue aplaudirla mas de lo que su mérito y su clase requerian. La pobre niña desempeñaba los papeles mas modestos y desairados, y mientras cargada de años, de arrugas y de andrajos teñidos y lavados, salia la dama á decir algunos lindos versos, llenos de candor é ingenuidad y debidos á Moreto ó Rojas, nuestra linda protegida representaba el papel de una dueña encubridora ó de una rival desairada. Pero ni aun en estos papeles dejaba de estar bella, cuadrando á su lindo rostro y mas liudo talle todo traje y todo prendido.

De los aplausos pasamos á las coronas de flores, no arrojadas al teatro para que barriesen el polvo del escenario, sino enviadas á su casa por medio de un fiel emisario, sin mas instrucciones que un recado de atencion.

A la siguiente noche la candorosa niña nos miró con timidez é intencion, como dándonos las gracias, y alentados nosotros con tan buena acogida, hicimos versos en alabanza suya, y nos atrevimos á pensar que no seria indecoroso el llevarlos nosotros mismos al vestuario. Candorosos éramos los que así obrábamos, ó mejor dicho, bien queríamos rivalizar con la sencillez de aquella modesta criatura.

Unidos á unos guardias de Corps que eran, menos las letras, los estudiantes de la época, por su desembarazo y felices ocurrencias, cruzamos los sucios tramados que sirven de depósito á los bastidores de la funcion, tropezamos con mugrientos mozos de oficio, despaviladores, comparsas y barrenderos, recibimos empujones de cuatro tarascas con mas cal en la cara que una pared andaluza, y llegamos, por último, al cuarto de nuestra encantadora protegida. Eramos varios; y todos, menos los introductores, gente allí nueva é ignorante de los usos escénicos.

Al entrar en el cuarto de la jóven, íbamos modesta y decentemente á quitarnos el sombrero, con el fin de hacer una cortesia reverente. Nuestros amigos se rieron de tanta sencillez, y entraron como si fuera en el cuartel, en un cuarto que tendria poco mas de cinco pies en cuadro, en el cual naturalmente no cambiamos todos.

Las paredes estaban desigualmente ennegrecidas por el humo del cigarro y el de una vela de sebo, rara vez despavilada, y entonces con los dedos. El pavimento era de ladrillos que bailaban segun el compas de entrantes y salientes. Cuatro sillas sin respaldo ó con tres pies, contenian los cuerpos de igual número de mujeres que parecian harpías, ó de harpías que parecian mujeres, con narices remangadas que huían de la boca, y lábios abrumados con el peso de enormes y descomunales narices. De estos cuatro entes, era uno la madre de la hermosa Actriz, quien, despues de recibir cortesmente nuestro saludo, siguió arreglándose el cabello y traje ante su espejo de media vara, roto en tres partes y desazogado en cuatro, el cual estaba sostenido en una mesa llena de botes

de manteca con titulo de pomada, de aceite rancio y otros menurjes harlo olorosos.

Los guardias hablaron con desenfado á aquellas mujeres, tutearon á Paquita, y nos presentaron con desembarazo. Hicimos un cumplido acerca de la habilidad de la Actriz que su torpe madre no entendió; dirigimos una mirada á la chica que esta entendió muy bien, y nos separamos muy contentos.

Desde el siguiente dia, suprimí yo las horas de hama-ca, y me dediqué á pasarlas en casa de la bella Paquita, ó, mejor dicho, de su señora mamá. La casa se reducía á una salita bastante grande, aunque menos que súcia, con una mesa, dos sillas, un banco, tres baules y un jarro de agua por adorno; unas cortinas de zaraza encarnada con cazadores amarillos servian de puerta á la única alcoba de la casa, en donde dormian madre é hija.

La mamá apenas veia tres personas reunidas en su casa, proponia una partidita de cuartos. Sacaba una baraja mugrienta y que habia servido todo un mes, y con una destreza sin igual, poniendo cincuenta ó sesenta cuartos de banca, echaba albur, gallo, entré y elijan. Si ganaba, guardaba el dinero; si perdía, pedía prestado al que ganaba, por manera que ella no perdía jamas. Un vasito de mistela y unos cuantos cigarros, uno y otros regalados, por supuesto, eran su amor y compañía constante.

Yo que estaba avergonzado de hallarme en tugurio semejante, me daba prisa á perder algunos reales para invertir el tiempo de mi visita y aprovechar la distraccion de la respetable mamá, en coloquios, no amorosos por cierto, sino artísticos, con la hermosa Paquita.

Este ángel tenia todos los instintos de lo bello, pero le faltaban dos cosas esenciales: educacion y escuela. No veía mas que viejas viciosas, jóvenes amarillentas de envidia y hombres groseros, porque es innegable que todo hombre se amolda mas ó menos á la sociedad en que se halla, perdiéndose así la excepcion en la generalidad.

El sentimiento, que es don espontáneo del cielo, ha menester, como todos los instintos humanos, desarrollo y cultura. Las raices de lo bueno y de lo malo están en el corazon; aquellas que cuida el jardinero, brotan; las que descuida, se marchitan.

Paquita era capaz de todo lo bueno, y Paquita va pasando su vida casi desapercibida; morirá en el olvido y sin gloria. El humo de cigarros en que siempre estaba envuelta, y su escasa inteligencia de la química escénica, abrieron grietas en su cutis y afearon su tez; la costumbre de oír conversaciones impuras y palabras rudas, sin ajar su corazon, ajó su gusto: el trato que casi siempre tuvo con las únicas personas á quienes no repugnaba aquella sociedad de tugurio y taberna, ahogó sus buenos instintos; y el ejemplo de su madre, acabó de estragar su alma, llena de pureza y virginidad.

Su madre, en los primeros años de su juventud habia sido Actriz, aunque de escaso mérito, no de escasa hermosura. Habia recibido los obsequios de cierto conde engañador, que, segun ella decia, fue su marido, y segun otros, su amante.

Paquita era, pues, hija de un título de Castilla, hombre de educacion escogida y de nacimiento ilustre. En los primeros años de la niña cuidó de ella su padre, proponiéndose elevarla á su clase, cuando el buen parecer social se lo permitiese. Era este el buen ángel de Paquita, así como su madre era su ángel malo.

Tendria apenas doce años la que debia ser, como su familia materna, mera Actriz, cuando murió el conde, á consecuencia de un pecado de gula, dejando incompleta la educacion de su hija y no asegurado su porvenir. De esta primera educacion nacia los instintos de Paquita; pero, á medida que fué adelantando

do en años, y alejándose de aquella fuente de buen gusto, fue perdiéndose su alma hasta caer en el abismo.

La Actriz en España, no conoce mas poesía que la de los papeles que estudia, y aun estos perjudican á su idealismo. Háse encontrado en el teatro, el medio de reducir á prosa lo mas sublime y elevado. De un drama poético y bello se envían solo á la Actriz las palabras que debe ella aprender, sin dejarle estudiar al mismo tiempo, el conjunto de la obra, y su papel como parte del todo. Tiene, por lo tanto, que contentarse, á veces, con aprender, como mera máquina, frases y frases que ni entiende ni puede entender, pues que ignora la razon que las inspiró al autor. A menudo tiene que reconvenir ágríamente á una rival muda en el papel que estudia, dirigir palabras cariñosas al hombre cuya historia y language desconoce. De ahí esa frialdad en el estudio de que se resiente sin duda la ejecucion.

Los quehaceres de su empeño no son mas inspiradores. Pasa lo mejor del día en ensayos, y quien no ha visto un ensayo á los plomizos rayos del sol que cruzan las sucias claraboyas de un teatro, ignora el mérito que tiene una buena Actriz cuando es superior al vulgo de las comediantas. Hombres de capa y desaliñados; mujeres con mantilla y medias de algodón, repiten los divinos versos del *Desden con el desden* ó de los *Amantes de Teruel*; oyesse allí, entre verso y verso, la voz vinosa del carpintero que arregla las bambolinas, del que ha de vestirse de moro en el *Otelo* de la siguiente noche, y del barrendero; hay allí la soltura de modales, y los dichos mas punzantes que agudos del gracioso, los chichisbeos del galán y la bailarina, y la historia escandalosa de cada cual de la compañía que cuenta el menos escrupuloso de ella. Por melindres es tenido allí el pudor, por gazmoñería la virtud.

La escasez de recursos de la pobre actriz no le permiten la elegante berlina de la mañana, el vistoso landó de la tarde, el auxilio de la mas afamada modista, ni una casa que parezca un santuario, con candelabros de esmalte, lámparas de cornalina blanca y asientos de estudiados resortes.

Su pobre habitacion tiene, por adorno, modesta estera, sillas de Vitoria, colgaduras de muselina y mesas con chapa de caoba.

Estas pobres criaturas se ven precisadas á estudiar sus papeles á la luz de un vetusto quinqué ó de velas de la Estrella; y eso, despues de haber comido aquel día garbanzos y tocino, escarola y bacalao, todo en vajilla ó de la Moncloa ó de la Cartuja de Sevilla y sobre manteles de Galicia.

Esta es la razon que me doy yo para explicarme cómo escasean tanto las buenas Actrices en España. El porvenir no es para ellas de gloria, sino de trabajo, escaso premio si hay abundante virtud. Son raras en España las mujeres que se atreven á hacer alarde del vicio, y una Actriz, para salir de esta esfera de prosaismo, ha menester, doloroso es decirlo, tanto como el vicio, el escándalo.

Por eso no se renueva el personal femenino de los teatros, y rara es la jóven Actriz que no sale de familia de cómicos.

No tienen estas medios suficientes para recibir la educacion de tradicion ó ejemplo que necesita el escenario, ni saben cuáles son los sacrificios que exige el público, en pago de sus aplausos. Buenas madres, buenas hijas, buenas esposas, no es ser buenas Actrices. Los cuidados y necesidades domésticas les hacen olvidar hasta el esmero que necesita la figura para conservar su lozania.

Pero, aunque son ejetos de excepcion, todavia puede evanescerse la escena española, con la voz de la interesante Matilde Díez, con el rostro de la peregrina Teodora Lamadrid, con el porte magestuoso

de su hermana, confirmándose asi la verdad que dijo el gran poeta, hablando de las mujeres en general.

no hay nada
tan bueno como la buena,
tan malo como la mala.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

EL COMICO.

Si algun tipo puede y debe mover tu curiosidad, lector amigo, es sin duda alguna el del *Cómico* que pienso bosquejar. No me preguntes, si el tipo, tal como tú lo entiendes, existe hoy dia en nuestro suelo, no pretendas saber si la voz *Cómico* lo significa como debe, ni si estaria mejor llamarlo *comediante*, ó cumpliera con el siglo en que vivimos el llamarle *actor*. Nada de esto me preguntes: sabe que si le doy ese epigrafe á mi articulo, no es capricho vano el que me induce: profeso la doctrina de que los mas deben dar nombre á los menos, y como los cómicos en España son por fortuna en mayor número que los *comediantes*, y en menor por desgracia que los *actores*, aunque habré de hablar de todos ellos, el nombre de *Cómico* creo que llena mejor las condiciones de mi tipo. Nada me importa que el *actor* no quiera apellidarse *Cómico*, nada que el *Cómico* aspire al titulo honorífico de *actor*, nada en fin, que el *comediante* se crea en tan alta posicion; todo ello probará que algo malo ven tras esos nombres, que algun suceso se une á ellos, que mas que nombres significa y que la sociedad tiene razon en sus creencias, razon que se ve apoyada por esa aristocracia, que al lado del arte la vemos progresar: todo ello probará que hay que seguir un nuevo derrotero que borre ciertos hechos, cuyo olvido no es tan fácil, y dé al arte la vida, el brillo y la nobleza que como arte de imitacion le corresponde. Para esto es preciso que ceda la sociedad y que tambien ceda á su vez el hombre: que la primera no le presente como un ser miserable y humillado; que el segundo no se alee con el orgullo abominable de la desgracia y se ponga en lucha abierta con la sociedad, con la sociedad que tiene preocupaciones, sí, porque solo al tiempo le es permitido terminar. El hombre en tal estado, no es otra cosa que el agua un tanto infestada, que repugna al paladar y que dejando al traves del filtro su malicia, se presenta pura y cristalina con el tiempo. El *Cómico* no es ciertamente culpable de los vicios de sus antepasados, como no lo es el agua de las materias impuras que á su curso se opusieran; pero los malos recuerdos tardan mucho en borrarse, como tarda mucho en pasar el agua por el filtro y quedar limpia.

Si como es de suponer el arte nació con la misma sociedad; si las familias para librarse de los diversos accidentes que las amenazaban se vieren en la precision de reunirse; si procuraban entonces robustecer las buenas costumbres, representándolas en la sencillez propia de aquellos tiempos; santo y noble! era el punto desde donde el arte partia; santo y noble y grande! era el fin á que se encaminaba. No faltará, lector, quien diga «que habiendo nacido el arte en la sociedad, así anda ella, y que si los que tal hicieron hubieran alcanzado otros tiempos mas remotos, habrian tenido motivos mas que suficientes para arrepentirse de su obra.» Nada probará sin embargo en contra de la bondad del arte, el que se hayan reflejado en él por algun tiempo todo género de vicios, ni seria esta razon suficiente para proscribirle y marcar la frente de los que le ejercen con el sello de la infamia y de la ignominia: al contrario, en lo bueno siempre

se encuentran enemigos, como en la mejor fruta se encuentran mas gusanos, y á pesar de eso no deja de codiciarse y buscar el hueso con afan prolijo, como semilla que bien cultivada puede dar ópimos frutos. Allí donde los cómicos se dieron mas, y primero á conocer, en las orillas del Nilo, ya los egipcios ejercitaban el arte con maldad: allí representaban sus misterios y se valian de él para sacar partido de la credulidad, ¿fue suficiente esto para que se le mirara con desprecio? Responda Grecia, responda la república famosa de los Nicostratos y los Andrónicos, cuya inmensa reputacion voló en alas de la fama por el mundo conocido; hablen despues los Latinos, y contesten con posterioridad los Roscios y los Esopos, gloria de la declamacion romana. Respondan tan insignes maestros de la nobleza del arte, y digan de su recompensa y cuenten de su gloria, y cómo los grandes hombres y hasta los emperadores mismos tenían á gala y por orgullo el brindar proteccion á cuantos sobresaliendo, eran como el espejo en que la sociedad se miraba. ¡Hoy día cuántas y cuán diversas consideraciones se ofrecen!

Tan alto como se remontaba el arte en aquellos tiempos, tan grande era la caída que se le preparaba: la multitud lo miraba desde abajo con ansia y entre la confusa gritería de los que ven ascender un globo y desean su caída antes que se pierda de vista. Al lado del mérito, en contraposicion de tan inestimables joyas del arte, se pusieron en juego todos los vicios imaginables; y aparecieron en la escena de una parte los *histriones*; de otra los *mimos*, *pantomimos*, *tímélicos* y posteriormente los *juglares*. Entonces tuvieron principio las acciones torpes, las indecentes y asquerosas representaciones, ya en las tablas, como á las puertas de las mas inmundas mancebías, y el teatro se convirtió en escuela de inmoralidad y de escándalo; con cuánta verdad podía decirse en dias tan aciagos para el arte, que *el pudor era tenido por melindre y por gazmoñería la virtud!* en aquella época si que se pagaba dinero por ver representar escándalos, aunque hoy día haya producciones que sean puro escándalo tambien, y desde entonces pesan sobre el arte tan tristes recuerdos; porque hay leyes escritas, leyes que no se cumplen, es cierto, leyes que la raron y los adelantos del siglo han derogado, pero lo escrito se borra con dificultad y aunque sea tradicionalmente todos saben: que á las mujeres, no se les permitia gastar adorno ni objetos de lujo ¡grave castigo! que anulaba el dicho, de que *no hay dama fea en las tablas*; que á los hombres se les declaró *incapaces*; ¡incapaces, siendo tales cómicos! y luego dirán que no hay leyes superfluas; *incapaces*, digo, para recibir órden sacro; que en ningun asunto se daba valor á sus declaraciones, y claro está que se les hacia mentirosos de oficio. De modo, que si se ejecutaba una muerte donde no hubiera mas que cómicos que la presenciáran, era lo mismo que si se hiciera entre ciegos; y si alguno les robaba, aunque el robar á un cómico ni entonces ni ahora sea muy probable, bastábale al ladrón negarlo para que quedara impune. Sabido es tambien, que los privaron de la comunion como á públicos pecadores, y que amen de esta friolera lo declararon *infares*.

De todas estas leyes, tan solo queda el recuerdo, pero este recuerdo es tanto mas vivo, cuanto mayor es la imperfeccion del arte, ¿cómo le han de hacer bueno, aquellos y aquellas que por no saber ni aun leer tienen que aprenderse los papeles como los ciegos las coplas, á fuerza de leerse los? ¿cómo han de penetrar en los arcanos del arte, aquellos para quienes se mantiene en *griego*? ¿ni qué cosa puede tampoco dar muestras de su bondad, cuando se compra por un real ó cuatro cuartos y hasta por trapo y hierro viejo? Es la fortuna que estas gentes, que forman un tipo separado, cual es el del *comediante ó cómico de la le-*

gua, si hoy día valen algo es por lo que escasean; no es tanto á pesar de esto, que no haya muestra de semejante paño hasta en los mismos teatros de la córte. Así es, que el verdadero tipo, el que me he propuesto bosquejar, es el que caminando sin ver lo que atras se deja, desea llegar al punto que han llegado muy pocos, para que nadie se acuerde de su nombre: este es el *Cómico*: y ya es tiempo, lector mio, de que empecemos á pintarle.

El *Cómico* es como una semilla abundante, pero no fecunda: una planta que nace entre malas yerbas, la cual rara vez crece sin que sucumba ante la fuerza de tanta maleza, pero que si llega á triunfar de esta, crece, se desarrolla, y de su tronco brota una flor cuya hermosura y lozanía no cede en nada á las demas flores. Como despues verá el curioso lector, de estas flores escasamente se podrá formar un ramillete.

Generalmente el *Cómico* suele emprender este arte, ó porque viendo cercano el término de medios para una subsistencia decorosa, se le hace duro y pesado el aplicarse á otro en que haya que aprender mas de lo que sabe, esto es, leer medianamente; ó porque teniéndolos para seguir una carrera, conserva cierta inclinacion á la vida cómica, vulgarmente reputada como de diversion y de ocio. Cualquiera de estas que sea la causa, procura á todo trance meter la cabeza en un teatro casero, lo cual equivale á perderla. Sabido es que en estos teatros no se permite mas que aplausos, y á favor de ellos cree nuestro jóven, si no es anciano, que á mas de cuatro he conocido yo con afición á los sesenta, que progresa en el arte con asombrosa rapidez. Dado el primer paso en esta senda, y dado de este modo, es casi indispensable recorrerla toda; siendo tan raro el que de corre lo andado ó se para en la mitad de su camino, como lo es el que se detenga ó vuelva atras el que una vez empezó á bajar una escarpada cima, si quiera á su planta se deje ver un precipicio. Aquí se ve que el teatro casero es la cuna, digámoslo así, donde se mece nuestro tipo, cuna de la que sale echando á correr por esos trigos de Dios, cuando apenas nacido, puede tenerse en pie.

Regularmente inaugura su carrera en un teatro de provincia, para el cual suele contratarle el empresario, despues de haberle visto representar en algun teatro casero de la córte. En busca ya del interes el que antes solo codiciaba aplausos, sin consultar con su familia, cierra su trato á ciegas, y sin mas garantía que algun pequeño adelanto, espera con ánimo resuelto las alzas y las bajadas de su sueldo, á proporcion que suba ó baje el número de billetes que se espendan.

Entre su familia fue tenido siempre por un calaveron deshecho, y como á tal le decian lo que los padres dicen á sus hijos: «que no saben mas que comer y gastar.» Por lo que, cerrado que está el trato, se va á su casa con aire de satisfaccion, que forma raro contraste con el de disgusto que en ella reina, y en la mesa, hora en que á todos los encuentra reunidos, procura buscar coyuntura, aunque sea á costa de decir que se queda con hambre para que le digan la cantinela de costumbre.

En el instante que lo ha conseguido, responde con aire de triunfo. — No necesito de Vds... Me voy de *Cómico*. — El padre le contesta á secas: — vete bendito de Dios. — Y la madre con tono indiferente añade: — sí, vete, vete, con eso vivirás á tus anchas y harás divinamente la vida de vago, aunque te mueras de hambre. Los hermanitos comienzan á hacer pucheros, y la madre, aunque lo disimula y se vuelve á un lado para dar con la cuchara al pobre gato, que no entiende la conversacion, y decirle, zape, que me estás aruñando, deja escapar las lágrimas de sus ojos. Entonces nuestro *Cómico* se goza en decir: — ya ven Vds., aqui no hacia mas que comer y gastar, y ya puedo vivir por mi cuenta. El padre sigue comiendo y ca-

llando; la madre, con el llanto mas pronunciado, empieza á desmenuzar la vida del hijo, y todo lo que dice son premisas de semejante consecuencia. Pero ya no hay remedio. El padre, que se ha estado conteniendo por no tirarle un plato á la cabeza, conociéndolo así, le saca, con él á paseo, y aunque está disgustado se conforma al fin, porque el muchacho tiene alicion y gusto para *Cómico*. Se entera por lo tanto de todo: se ve con el contratista, y procura asegurar en lo posible la contrata del hijo.

El dia en que ha de ponerse en camino para la provincia, es cuando tiene un sentimiento verdadero porque se penetra de que se lo ha causado, y grande, á su familia: es cuando se encuentra algo arrepentido de su paso: en una palabra, sufre un mal rato. El padre que ya se encuentra conforme, procura consolar á la madre y persuadirla de que por eso no se deshonrará la familia, que el arte es tan noble como el primero, y que si el muchacho llega á sobresalir, será tan estimado como el primer artista.

Luego que ha entrado en la diligencia con sus demas compañeros, la cosa va mudando de aspecto, pues aunque en su interior conserva la pena, procura con el exterior dar á entender á sus compañeros, no es grano de anís lo que llevan consigo, y poco á poco todo va siendo broma y reemplazando á las ideas tristes de su imaginacion, el pensar en el dia su salida. Llega á la capital donde no conoce á nadie: pero mientto, porque entre los caballeros de provincia que se honran desde el primer dia con su amistad, es raro que no resulte con el tiempo ser alguno de ellos *primo* suyo ó *pariente*. Estos por supuesto le buscan á él, pero no es lerdó nuestro *Cómico*; sabe lo que le conviene y procura entablar amistad con los redactores de los periódicos, si es que hay periódicos, y si es que estos tienen redactores, porque hay algunos que se redactan solos como la vetusta Gaceta. El *Cómico*, buscando esta amistad, tiene muchos puntos de contacto con los ministros; como á ellos le llena la prensa de temor, y hasta puede asegurarse que no es el mas fuerte defensor de su libertad; como ellos es en todo lo que atañe á farsa y embuste; como ellos siendo representantes, lo es él tambien; es decir, como ellos mira al plato y á las tajadas; como á ellos le silban á él; como ellos se rie de los silbidos, y en una palabra: sin mas que cambiar de puestos, unos y otros llenarian igualmente su papel.

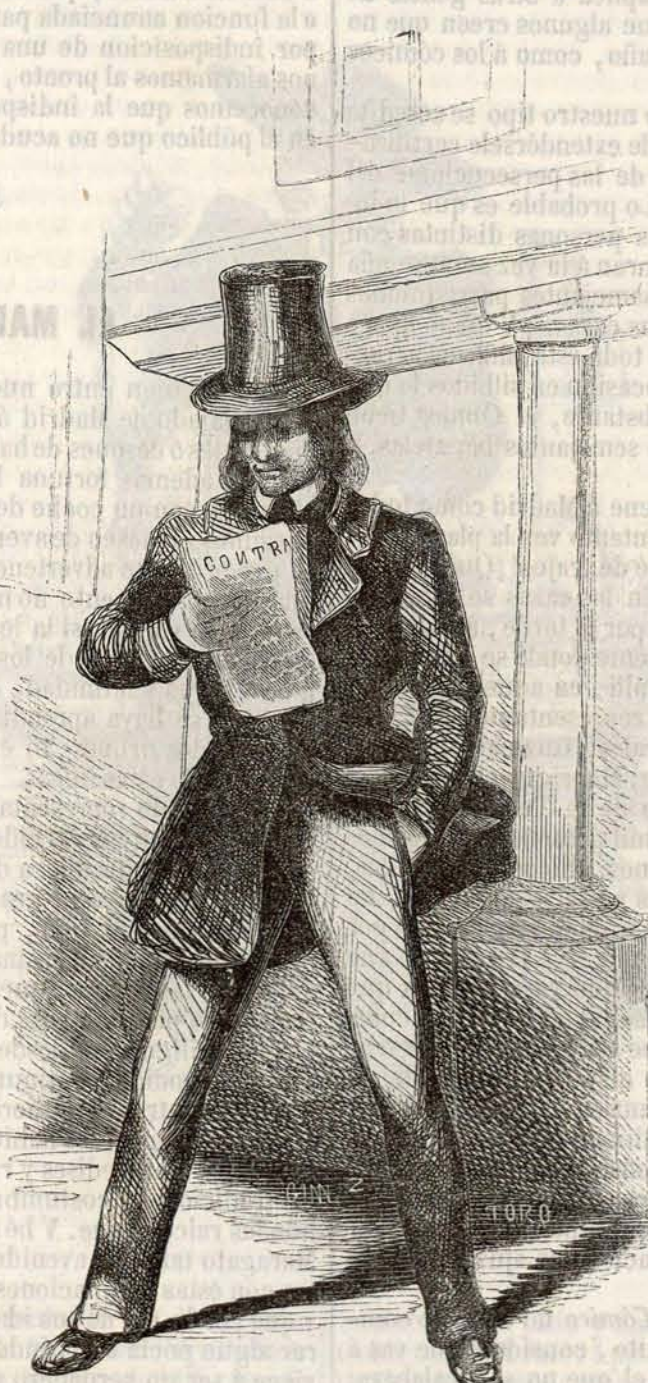
Despues que han pasado unos dias, durante los cuales nuestro héroe no se ha dormido; preparado que tiene el terreno, haciéndose lugar entre los calaverillas y periodistas; echándose por el suelo, demanda indulgencia para el dia de su salida, que en la lengua que usamos por aquí equivale á demandar aplausos: se anuncia la funcion por medio de pomposos carteles. La empresa manifiesta que se llenarán sus deseos si el público queda satisfecho de la eleccion: reparte unos cuantos billetes, gratis á los conocidos, sacrificio que hace en aras de la novedad que al público presenta, y corren de cuenta de la misma, con aplicacion á gastos imprevistos, las coronas de laurel, los versos y demas que se tiene preparado, por si el éxito requiere que se haga uso de ello. Llega la hora de la funcion, el protagonista afecta entre bastidores una serenidad que no tiene; cada vez que mira por el agujero del telon cómo se llena el teatro y la algazara que reina entre los concurrentes, se apodera de él un sudor frio: si alguna vez en su vida pudo arrepentirse de haber seguido tal carrera, es en aquel momento, solo él ¿qué dirán? el honorcillo solo, le obliga á permanecer en su puesto, y á no abandonar el campo donde tiene, tal vez, que hacer frente á muchos enemigos, enemigos que se llevarán lo mejor de la batalla porque pelean con armas desiguales: ¿de qué buena gana cambiaria de situacion con cualquiera, con el mas miserable de los espectadores! de tan buena

gana, como cambiaria un reo su puesto por el que ocupa el juez que le escucha para dar su fallo despues: hay la notable diferencia de que el espectador mas humilde ha comprado por un real el derecho de ser juez, de fallar y de ejecutar á un mismo tiempo. Házese cuenta sin embargo nuestro *Cómico* de que no queda otro remedio que pasar por todo; y sacando fuerzas de flaqueza, luego que empieza la sinfonia, trata de hacer creer al que le mira que se pondria á bailar de buena gana. Levántase el telon: un silencio sepulcral reina en los espectadores: nótese á pesar de esto cierta impaciencia por ver delante de sí, al que dentro de poco ha de ser su victima ó su idolo: sale por fin á las tablas con la turbacion que es de suponer, se le oyen con calma y sin muestras de ningun género las primeras escenas que las dice á ciegas y como por máquina: se distrae al ver tanta cabeza fija en su persona, no atiende á lo que le dice el apuntador: se esfuerza este y se deja oír mas de lo de costumbre: la mala suerte hace que un amigo imprudente quiera animarle entónces con un aplauso, los chicheos le corresponden, y un silbido se oye aquí, y un atrevido mas allá corresponde con otro, doble fuerte; entónces la risa es ya general: cual chispa eléctrica cunde la silba entre el público todo, y los gritos de «fuera, fuera» se suceden con rapidez. Nuestro *Cómico* ya no sabe lo que se dice, se come las palabras, se atraganta, tiende la vista como el que implora clemencia, de vez en cuando mira con ojo airado al apuntador, como quien dice al público: «aquí está la causa» da sus pataditas en el tablado, significando así su desgracia, y espera con impaciencia á que pase lo recio de la tormenta para continuar navegando por aquel inmenso piélago de desgracias, en que la envidia y la ignorancia son para él las olas encontradas.

Terminada la corrida, y cuando ya nuestro *Cómico* ha recibido el bautismo de la silba, aprovecha la primera coyuntura, que será luego que caiga el telon, en que los compañeros se quejen de la intolerancia del público, y dando cumplido desahogo á su fatigado pecho, les dice: «ya lo han visto Vds..... al papel no le ha faltado nada; sino que nadie está exento de cometer unas cuantas equivocaciones y..... ¡cuidado, que ni de eso he tenido yo la culpa!..... ¡y es que ese apuntador!..... ¡ese apuntador!..... es un ¡asesino! ¡si señores! y cuenta con que le voy á decir clarito. «V. no sabe leer.» Figúrense que cuando al público, sin que sepa yo por que, le dió gana de silbar, lo cual no pasa de ser una majadería.... yo.... francamente, con el ruido no oia bien al apuntador, y ya desesperado, aunque sin mirarle, porque hasta en eso hice mal, el público debió haber sabido que él era quien tenia la culpa; pues como decia, ya desesperado, le grité ¡mas fuerte, mas fuerte! y como la maldita casualidad hizo que silbaran en este momento, el público convirtió en sustancia la alusion, creyendo que era á él á quien me dirigia, y entónces fue cuando me tiraron el turbante y la corona de esparto gritando ¡fuera, fuera ese tuno! Ahora díganme Vds.... ¿esto es racional? Como es de suponer, todos los que le escuchan le dan la razon: y cada cual le anima á su manera, no faltando quien le diga, que fuera de aquel paso desgraciado, ha estado muy feliz en todo lo demas. Despues de esto y cuando se cree tranquilo, se presenta un alguacil con la orden de S. S. para que pague una multa por aquello de «mas fuerte, mas fuerte» y en vano se disculpa con decir que era al apuntador á quien se dirigia, en vano desea saber el motivo y la razon que tiene S. S. para obrar de tal manera: este le contesta enfurecido, que pedir razones á un alcalde es un delito, y no tiene mas remedio que pagar. El pobre *Cómico* sale tan mal parado en este caso, que bien puede irse á mudar *aires*, á fin de restablecer su indisposicion artistica.

Pero no todas han de ser silbas; hagamos pasar á nuestro héroe por los aplausos, que habiendo algo de esto, aunque haya silbidos, ya hará él por hacer pasar como ignorantes á los que le silban: cuando tal sucede, lo primero que hace antes de salir de casa es mandar por los periódicos, aunque luego diga que ni los lee, ni hace caso de lo que dicen, que es muy de *Cómico*; se entera bien de cuanto en ellos haga referencia á la funcion: se va al ensayo un poquito tarde, lo suficiente para que todos estén reunidos, y por supuesto siempre con el firme propósito de hacerse á todo de nuevas. Luego que entra en el escenario se dirigen á él preguntándole: —qué tal ¿se ha descansado?—No habia de qué, contesta con aire indiferente, estas cosas no me cansan y he dormido bien. —Pues eso se deseaba saber.—¿Ha leído V. los periódicos? le pregunta uno.—Hombre, no..... qué..... ¿dicen algo de la funcion?—Vaya si dicen, el tal, ha-

ce de V. vivos elegios.—Pues mire V. no conozco á los redactores, mas que de haber tomado con ellos café. Por cierto que ¡vaya unos muchachos! ¡qué conversacion la suya! ya... ya les dije yo tambien que era una lástima no ocuparan los escaños del congreso. Pero hombre, los que no son cosa, son los del otro periódico (por supuesto que lo que él siente es no haberles podido conocer antes de su salida).— ¡Vaya, que cualquiera diria.... le contesta otro, que V. los habia leído!—Pues qué... dirán... ¡ya me figuraba yo antes de venir aquí que habrían de tomar una venganza tan ruin! porque... han de saber Vds. que uno de los redactores en cierta ocasion... pero mas vale callar, porque estas cosas se ventilan de otra manera. En llegando á este punto la conversacion que era solo cómica, pasa á ser política, y se deja oír lo de: «si no hay estímulo.»—No señor, dice otro, es que el gobierno tiene la culpa de esto ¡el gobierno



El Cómico.

si! porque no es previsor ¿pues qué, no estamos viendo el desenfreno de la prensa, y sobre todo, señores, añade el de mas allá, que no es cosa de que le zarandeen á uno á cada paso, porque el que mas y el que menos tiene su honor bien puesto.—Eso es verdad, contesta el director de escena; pero con estas

y con las otras se ha llevado el diablo el ensayo, y el dia que dice algo del teatro un periódico, sucede lo mismo por variar: no quiero que me traigan Vds. aquí semejantes conversaciones. Pero él es quien conoce primero, que esto no es posible. En los ensayos es donde nuestro hombre maneja la intriga, por

que le repartan un papel, y hace cundir el chisme, y adula á la primera dama, y quita la pelusa al director, y aplaude sus disposiciones, y hasta tratamiento le daría.

El *Cómico* es de suyo naturalmente bromista, y una de sus bellas cualidades es la de ser rumbon; aunque yo sé de uno que para tomar un vaso de leche, mandaba á su mujer que le esperara á la puerta del café. Donde él se encuentre, como tenga dinero, que será el día que recibe su paga, no hay pariente pobre, ¡allí todo se derrite! Si va á comprar alguna cosa, nunca dice que es mala, antes al contrario.— Qué buen género tiene V.... sobre todo... me gusta el precio... ¡es casi de balde! A continuación de semejante entrada encarga que le hagan la pieza que va buscando de lo mejor, y sin reparar en el precio. Estos encargos suele hacerlos antes que entre la cuaresma, época en que puede aplicarse á su bolsillo el dicho que vulgarmente se aplica á otras gentes de diversa *carrera*, sí, pero que algunos creen que no trabajan en esta época del año, como á los cómicos les sucede.

Por este tiempo es cuando nuestro tipo se acredita de hombre de ingenio y puede extenderse certificado de tal, si logra evadirse de las persecuciones del sastre, zapatero y patrona. Lo probable es que lo logre; en cuyo caso estas tres personas distintas con un solo motivo verdadero, lloran á la vez su ausencia y piden á Dios que guíe á semejantes parroquianos por otro camino que el de sus casas. ¡Y luego querrán aplausos! De seguro que toda esta cáfila de acreedores se cobra á la primera ocasion en silbidos lo que otros dejarán á deber. No obstante, el *Cómico* tiene de bueno el no acordarse de semejantes bagatelas, y lo perdona todo.

Llegada la cuaresma se viene á Madrid como todos sus compañeros, y es un contento ver la plazuela de Santa Ana en estos días. ¡Qué de trajes! ¡Qué de semblantes! ¡Qué de figuras! En las caras se conoce lo que son. Allí por la mañana, por la tarde, á todas horas está el mercado permanente donde se encuentra todo género de caracteres; allí, en aquel congreso, es donde se reúnen todos los representantes de Europa: reyes, arzobispos, generales, Guzman el Bueno, San Isidro Labrador, Caliche, Manrique el Trovador, Gaspar el Ganadero, el hijo de la Tempestad, San Francisco de Paula, y otros mil personajes históricos y fantásticos, malos con buenos, chicos con grandes, galanes y racionistas, barbas y graciosos; y allí, no clandestinamente, sino á vista de todos, ajustan por el interés que han de *representar*; ya sea por un año ya sea por mas, y hasta prevenido va el caso en que haya *disolucion*. Allí el curioso, al oír hablar de cuarteron y medio cuarteron, cree ser género que se vende al peso: mas allá, oyendo disputar si el caudal de fulano es chico ó grande, mantiene la ilusion de que se encuentra entre gente de dinero, hasta que llega á comprender que el caudal consiste en saber muchos papeles de memoria. ¡Todo es allí original, todo curioso! A las mujeres las representan en este lugar sus maridos, y por su mediacion las ajustan el partido.

Este es, amado lector, el *Cómico* tal como le comprendo; si le miras como fruto, considera que vas á un melonar en que es raro el que no sale calabaza: yo por ahora no veo en él mas que una gota de aceite, que vale algo, sí, pero que no puede lucir sola y que hay que cuidar de que no manche.

Antes de concluir habré de pagar al mérito una deuda muy sagrada; al mérito, porque en España hay actores y actrices; pocos son, en verdad, muy pocos, acaso no lleguen á una docena los primeros y á media las segundas, pero bastantes á demostrar que el arte existe entre nosotros, siquiera para hacerle bueno tengan que luchar con tantos y tan encontra-

dos elementos: ¡qué alicientes tiene aquí la carrera del actor! que ya es preciso darle este nombre ¡cómo se quiere que se lancen á ella los jóvenes idólatras de la escena, cuando ven tan oscuro el porvenir? ¿cómo se quiere que adelanten los que hoy día se encuentran en el teatro con muy buenas dotes y felices disposiciones, si ven, de qué manera se paga el estudio infatigable del actor y el mérito sublime de la actriz? En España se quejan de que no hay actores, y no miran los que tal dicen, la falta de alicientes; no recuerdan que aquí no se ha empleado otro estímulo que las coronas de laurel ¡lindo premio por cierto! sobre todo para cuando el actor llegue á la edad propecta, para cuando tenga que morir en un rincón, donde ni en estofado pueda aprovechar el laurel de sus coronas por no tener que comer. Quiera la Providencia conservarnos lo que tenemos y librarlo de toda indisposicion; porque es preciso confesar á fuer de francos, que cuando vemos en los carteles «la funcion anunciada para hoy no se puede ejecutar por indisposicion de una de las principales partes,» nos alarmamos al pronto, si bien parándonos un poco conocemos que la indisposicion está en otra parte; en el público que no acude al despacho de billetes.

JUAN PEREZ CALVO.

EL MARAGATO.

¿HAY alguien entre nuestros curiosos lectores que haya viajado de Madrid á Galicia ó de Galicia á Madrid, antes ó despues de haberse puesto las diligencias, y tenga ademas fortuna bastante moderada para no atreverse con un coche de colleras?... Nada tiene la pregunta de deseo de averiguar vidas ajenas, antes es una prudente advertencia que ahorrará al tal la lectura, probablemente no muy amena, de este artículo. Porque en verdad, si la letra con sangre entra, segun el benigno axioma de los antiguos maestros de primeras letras y latinidad, de presumir es que tan de memoria se haya aprendido el Maragato que ni se le olvide á dos tirones, ni encuentre cosa nueva en los borrones de estas líneas.

El Maragato representa el movimiento y comunicacion del rincón mas occidental de la monarquía con la capital, desde una época difícil de gozar, y hasta cierto punto debemos dar gracias á la Providencia por la creacion de este tipo, pues de otra suerte ambos miembros de España estarian desunidos, no bastando á ligarlos las galeras que andan este largo camino. Decímoslo porque de las dos veces que se han establecido diligencias desde Madrid á la Coruña, ninguna ha podido continuar, ni continuará probablemente mientras el numeroso pueblo gallego no prescinda del apego á los hábitos de sus mayores, y sobre todo á los maravedises y reales de plata que de todas las tradiciones y costumbres heredadas es la que mas hondas raíces tiene. Y hé aquí por qué decimos que el Maragato tan bien avenido por la equidad de sus portes con estas inclinaciones altamente conservadoras, y que por lo fijo de sus idas y venidas pudiera comparar algun poeta á la péndola del reloj de los tiempos, viene á ser un verdadero regalo de la Providencia.

Los Maragatos todos á su llegada á Madrid paran en los mesones de la calle de Segovia, que sin género alguno de lisonja, pueden calificarse de los mas sucios, incómodos y fatales, no ya de la córte sino aun del resto de la Península. ¿Por qué así? A vuelta de algunos cicateros y avaros como el mismo Arpagon, hay otros que no adolecen de tan ruines manías; de manera que á no mediar la corriente irresistible de la costumbre, no sabríamos cómo explicar un suceso que en los pocos días que nuestros hombres residen en la capi-

tal les obliga á pasarlo peor que el mas miserable jornalero.

Como quiera, y sin pararnos en estos que en la vida habitual del Maragato pueden con razon llamarse pelillos, vamos al caso en que una persona se ve obligada á ir á Galicia. Si el tal es hombre de aquellos que sienten en el bolsillo la especie de peso que tanto contribuye á aligerar el espíritu, y quiere comprar alguna mayor comodidad relativa en su viaje, no tiene mas que enviar un recado á los susodichos mesones de la calle de Segovia, seguro de que no tardará en presentársele alguno de los Carros, Crespos, Francos, Alonsos, Rotas, etc., en que se divide y clasifica toda la Maragatería. No menos seguro puede estar de que le cederá el *cebadero* ó mulo en que monta, aderezado como Dios manda; es decir, con freno, estribos y albarda estrecha, cubierta con su manta de es-

tambre azul rayada de blanco, y que por amor suyo ó de sus monedas (que al cabo lo mismo viene á ser impuesta la estrecha relacion del sugeto y sus haberes) alargará las jornadas, alargará el paso, alargará el descanso, y alargará por fin las comidas. Este linage de viajeros puede llamarse bien molido, porque de esta prueba nadie se libra, pero no mal andante, y así solo á medias merece nuestra compasion.

Mas ¡ay del cuitado que con la bolsa floja, el equipaje tasado, y sin tio caunigo en Santiago, ó pariente comerciante en la Coruña, tiene que llegar sin embargo, á cualquiera de estos puntos! Para esteno hay ni cebadero, ni albarda estrecha, ni estribos, ni freno, y mucho menos largueza en las marchas, comidas y descansos. El dia de la salida se baja á buena hora por la calle de Segovia; allí acomodan su avio, se sube sobre una viga de las que sirven de asiento en el



El Maragato.

portal; desde allá sobre un mulo de los de la recua que por todo paso sabe el de la madre; acomódase en una albarda que mas tiene de mesa de billar que de otra cosa; pónenle en la mano un roncal capaz de desollar la de una mona, y sin mas mullido que una manta no muy honrada, y esparrancado como el mismo coloso de Rodas, emprende su caminata de cien leguas, volviendo sin duda los ojos á Madrid, tal vez para decirle, si es algun pretendiente desengañado, «ahí te quedas, mundo amargo.»

Sabido es que el Maragato por nada del mundo sale de su paso, así se desate el cielo en las lluvias, nieves y vendabales del invierno, como desuelle el ra-

bioso calor de julio y agosto la cara y manos de los transeuntes. A ratos á pie, á ratos sentado entre algun tercio, dormitando unas veces, cantando otras, atendiendo las menos á la distraccion y entretenimiento del viajero, y empuñando no pocas la bota, atraviesa á paso de tortuga las extensas, tristísimas y peladas llanuras de Castilla, desposeidas igualmente de la grandeza del desierto y de las gracias de un pais habitado y ameno, y por añadidura arrecidas en invierno y abrasadas en verano.

Á vueltas de semejantes delicias, á vueltas de los tropezones y resábios de la mal regida bestia, y del moliemento sumo del desdichado viajero, sucede llegar á

posadas donde sopas y huevos es el único regalo con que puede acallar su hambre, ó cuando mas algun pollo ó gallina que, á semejanza del cisne, canta para morir; con la diferencia que el uno se duerme en las aguas de un lago, y la otra va á parar casi revoloteando á la cazuela para mas ejercitar las mandíbulas del viandante.

Por fin, despues de mucho andar y mas penar, llega el desdichado á las frescas orillas del Orbigo, panorama verde y frondoso que cierra con sus prados y espesas arboledas los yermos campos de Castilla. Ya muy cerca, á cuatro ó cinco leguas cuando mas, está la casa del Maragato, donde el pobre caminante sueña la gran ciudad de Jauja en que se atan los perros con longaniza, y se figura que va á representar el papel de Sancho en las bodas de Camacho el Rico. ¡Desgraciado de él, y cómo se ha de acordar de las ollas de Egipto que deja por Castilla! Porque es de saber que en la Maragatería por punto general la abundancia trae á la zaga la suciedad y el desaliño, y le sirve de tremendo contrapeso.

Aunque el viajero haya cruzado á paso de recua toda Castilla, sin embargo, al divisar el Maragato el campanario de su pueblo, se adelanta con su fardo viviente, pues es costumbre aguardar en casa la llegada de sus mulos compañeros de sus fatigas, si no de sus glorias. Nunca faltan chiquillos en el egido del lugar ya propios, ya ajenos, que salgan á recibir al Maragato y aun le escolten hasta sus umbrales, adonde suele llegar en medio de semejante cortejo, reparando saludos á derecha é izquierda para responder con su gravedad ordinaria á los de los vecinos y vecinas que se asoman á sus puertas á darle la bienvenida. Apéase al cabo en su casa donde su mujer sale á recibirle con mas respeto que efusion, dándole el extraño tratamiento de vos, recogiendo en seguida las alforjas, capa y escopeta, y saludando apenas al viajero, que al ver aquella mujer vestida de tan extraña manera y con tan raras palabras y modales, duda si por ensalmo se ve en otra tierra distinta de España. Su admiracion, sin embargo, sube de punto si por dicha ocurre en casa de su conductor alguna boda, ceremonia á que por fuerza tendria que pararse y asistir aunque llevase el perdon de su mismo padre y estuviese para cumplir el plazo de su sentencia, porque pensar que el Maragato ha de salir de su paso por nada, ni por nadie, es pensar en lo excusado. Son tan nuevas y peregrinas las circunstancias de semejantes bodas, que nos resolvemos á insertar uno de los rasgos mas notables, persuadidos de que su simple narracion ayudará á conocer á nuestro héroe harto mejor que todas nuestras descripciones.

Todos los Maragatos sin excepcion se casan en su tierra, así es que la raza, física y moralmente hablando, se ha conservado pura; pero no solo se casan en su pais, sino tambien ajustándose punto por punto á la voluntad de sus padres y concierto de la familia, que generalmente no toman por base sino la igualdad de los capitales. Circunstancia es esta que en otra sociedad mas adelantada y culta, seria manantial de infinitas desventuras, pero en Maragatería nadie se queja, porque los jóvenes aceptan este destino como el suyo natural.

Así, pues, cuando llega la época en que los futuros conuegros determinan casar á los mozos, el padre del novio y este se encaminan á casa de la novia delante de cuyo padre se hace la demanda con toda formalidad, sin que ninguno de los dos jóvenes tomen parte en la conversacion. Como tales asuntos son cosa de antemano acordada entre las familias, redúcese este paso á una mera fórmula, y en seguida por ambas partes se procede á la compra de los respectivos presentes, cuya lista ofrecemos aquí por su extrañeza y novedad.

El novio regala á la novia el manto de paño negro

para ir á misa, de forma rara y poco airca, pues se conservan al paño sus esquinas, y solo hay unos escasos pliegues sobre la frente; las *donas*, multitud enorme de collares con rosarios y medallas; los anillos que han de servir para el desposorio; el *sayuelo* ó justillo atacado por delante con un cordon de seda que llaman *agolletas*; *vincos* ó arracadas para las orejas, *fajero* ó faja de estambre y *mangas*, una especie de ellas sueltas y sujetas únicamente á la muñeca. La madrina asimismo le ofrece un pañuelo de seda de Toledo para la cabeza.—Los regalos de la novia á su futuro consisten en una capa de paño negro, *almilla* ó sayo de idem con cordon de seda; chalecho de grana con bordados tambien de seda á la portezuela; *bragas* ó calzones anchos, calzones negros (*botines*) *cintas* (*ligas*) de estambre fino con letrero; camisa de buen lienzo comun y calzoncillos con cordon de seda.

Llega por fin la víspera de la boda, y en su tarde se examinan de doctrina cristiana y confiesan los novios, permaneciendo encerrados en sus respectivas casas sin concurrir á la cena que tienen los padrinos aquella noche. Al otro dia no bien despunta el alba, ya la gaita discurre por el lugar tocando la alborada y reuniendo á almorzar á los convidados de la boda. Acabado el almuerzo tocan á misa, y entónces el padrino, el padre de la novia y demas convidados del sexo feo, se dirigen á casa del novio precedidos de la gaita y de los amigos solteros de este, llamados en esta ocasion *mozos de caldo*, que van haciendo salvas con sus escopetas. Luego que entran en casa, el novio se arrodilla y recibiendo la bendicion de su padre, recogido y silencioso en medio del concurso, y al lado del padrino, se encamina á la habitacion de su futura. Las solteras amigas de esta, están ya cantándole á la puerta canciones alusivas, algunas de las cuales tienen gracia por su sencillez, y cuando llega el momento de salir para la iglesia, la joven deshecha en llanto recibe á su vez la bendicion paterna. Emrende entónces el novio el camino como unos sesenta pasos delante de su prometida, y esta camina de todo punto cubierta con su manto en medio de su acompañamiento femenino que no cesa en sus cantares hasta la iglesia. El cura está ya aguardando en el vestíbulo, y allí es donde se verifica la ceremonia, ajustándose los esposos un anillo á sus respectivos dedos, y ofreciendo las acostumbradas arras. Concluida la misa, sale la gente con el mismo orden que trajo, con la diferencia que el novio y comitiva se quedan á la puerta corriendo el *bollo del padrino*, especie de justa, en que el que mas corre á pie se lleva la cabeza del bollo, repartiéndose lo demas entre los concurrentes en menudisimas porciones. Diríjense en seguida los corredores á la casa de la boda y encuentran á la desposada sentada á la puerta en una silla ataviada con todo el lujo posible en el pais, y muchos dulces, con la madrina al lado y cubierto el rostro. El marido se acomoda al otro lado en una segunda silla, y de esta suerte presencian las danzas con que los festejan sus amigos, hasta que acabadas estas, entra todo el mundo á comer, dejando á la puerta la anterior solemnidad y compostura, tomando la alegría que tan bien cuadra á la ocasion. Despues de la comida *se ofrece*, es decir; saca el padrino un platillo de plata, pone en él por ofrenda una cantidad de dinero, y va dando vuelta á la mesa sin que nadie lo desaire. En seguida la *moza del caldo*, es decir, la amiga del alma de la novia que la acompaña y sirve todo aquel dia, pide para los utensilios de su amiga, como rueca, huso, etc., y los mozos del caldo hacen lo mismo para el novio.

Alzanse entónces, no los manteles porque la mesa sigue puesta todo el dia, sino los convidados, y ya la novia baila con su marido, mientras los mozos del caldo se echan por el lugar á recoger gallinas en casa de los convidados para obsequio de los recién casados,

y si buenamente no se las dan tienen derecho para tomarlas. Para que los novios lleguen á encerrarse en la cámara nupcial, nunca faltan trabajos; pero aun despues tienen que sufrir un obsequio cuya oportunidad les toca calificar á ellos, y es, que á eso de las dos de la mañana los mozos del caldo van á servirles un par de gallinas de las que han recogido, para dejarlos reposar en seguida hasta la madrugada.

Amanece el día de la tornaboda y los esposos, despues de almorzar juntos, se encaminan á la iglesia con los mismos trámites que el día anterior, oyen su misa y vuelven á casa festejados por una comparsa de *Zamarrones*, especie de mogiganga que nunca falta en semejantes casos y que les aguarda á la puerta de la iglesia. Al llegar al pueblo se corre el bollo de la boda que la madrina tiene asido en medio del baile y que los mozos de la boda defienden cuidadosamente de las acometidas de los extraños. Se come, se baila, se cena y se acaba la boda.—Cuando el novio es forastero, se lleva su consorte á su lugar desde la iglesia el día de la tornaboda en medio de todos los convidados, que los acompañan en vistosa cabalgata, mular por supuesto. Por pocos ribetes de filósofo que tenga el viajero, cae entonces en la cuenta de lo que es el Maragato, y encuentra la explicacion de todas las extrañezas que ha observado, diciendo para su capote: «esta gente son una reliquia de otros tiempos, que se conserva sin lesion notable, á pesar de los embates del tiempo y de la civilizacion, y un aparte en esta tierra de las excepciones y anomalías.» Y dice verdad en todo y por todo.

Por lo demas, para fortuna suya, lo duro del viaje está vencido, tanto por haber tenido ya tiempo de acostumbrarse á las delicias de la albarda, cuanto porque el país que va á cruzar es variado y ameno, y la distancia corta. Por fin llega á Santiago ó á la Coruña, y allí se despide de su guia y de sus bestias; pero si por casualidad es preceptor de latinidad recién examinado y conserva aun algun rencor por los percances del viaje, es probable que no deje de decir entre dientes:

Immanis pecoris curtos immanior ipse.

Como quiera, el Maragato que no entiende latin y ademas se encuentra con sus ochavos, así se le da de semejantes alusiones como de las nubes de antaño. No por eso dejará de volver á hacer la péndola entre Madrid y Galicia hasta que las enfermedades le roben sus fuerzas, ó la vejez le ate en su casa con sus ligaduras de hielo.

Esta que acabamos de describir es la casta real ó aristocrática por lo menos de Maragatería que tiene numerosa recua y abundante peculio. Otros hay que mas pobres y humildes recorren menores distancias, y otros por fin que comercian en artículos de consumo inmediato como escabeche y jamones, á los cuales pertenece la excelente y característica estampa que acompaña. Aquellos suelen ser los que conducen á Valladolid ó Santiago los estudiantes del Vierzo y comarcas vecinas, raza maleante como lo ha sido siempre, y que al menor descuido del Maragato sacan á los mulos de su reposado movimiento, y van á prevenir posada á su dueño en la universidad con un día de anticipacion. Así y todo son carga muy benéfica, y si buenos disgustos traen al Maragato, buenos reales le dejan tambien.

Por lo demas cualquiera que sea la ocupacion y riqueza de nuestro Maragato, el lector puede estar seguro de que siempre le encontrará vestido del mismo modo y animado de los mismos sentimientos. Tipos hay en esta coleccion que de todo punto desaparecerán dentro de algunos años, pero muchos, muchísimos se pasarán afortunadamente antes que el presente se borre. Y decimos afortunadamente porque aunque la rusticidad y apartamiento casi absoluto de la cultura

social le afean no poco, en cambio conserva todavía una honradez á toda prueba, y ejemplar pureza de costumbres. Al cabo ¿dónde encontrar la perfeccion sin tacha en los hijos del barro y de la culpa? Por eso es divina la fé que quedó escrita con sangre en el leño de la cruz, y encerró todo un sistema de filosofía en una sola palabra; «Caridad.»

ENRIQUE GIL.

LA VIUDA DEL MILITAR.

Los periódicos españoles del menguado siglo en que vivimos, no son otra cosa que un doloroso y noble martirologio. Todas las creencias han engrosado con el nombre de sus víctimas, este triste registro de nuestras desventuras: la independencia nacional, el poder monárquico y la libertad han hallado en este suelo clásico de las convicciones, defensores celosos que han luchado como fanáticos y muerto como mártires. Cualquiera que sea la causa de esta profundísima division en que, para tormento mútuo, unos y otros, hermanos y amigos, hemos vivido y vivimos, cuando la serenidad del triunfo ó la dulzura de la paz nos permite volver los ojos atras y en torno nuestro, no podemos menos de simpatizar, ya que no con adversa creencia, al menos si con el ardor de esa entusiasta fé que de tantos vencidos ha hecho tantos héroes.

No de los héroes voy á hablar, para esos la trompa épica, si hay quien algun día, acallado el rumor público, ó rico con su robusto aliento, se imagina que el mundo ha de escucharle. En estos tiempos los versos son como el trino del jilguero sobre el bramido de los mares: dulzura perdida.

Es condicion humana que el héroe no nazca tal, sino que, arrojado sobre la faz de la tierra, como el misero Job, llora al nacer, regálase mas tarde al seno materno, crece brincando por la pradera, escalando tapias de huertas frutales, trepando á los árboles, sumiéndose en los rios, y esquivando horas á la faena y al estudio. Mas tarde, cuando apunta el bozo en su rostro, deja la escuela por el aula, ó el sable de madera por el de templado acero, el hogar paterno por el cuartel, las peleas de plazuela por las refriegas del campo de batalla. En seguida sóplale el viento de la fortuna é impúlsale su ardor juvenil, crece su entusiasmo, fórmase su educacion, nútrese su alma de ejemplos nobles, ofrécese para ello risueña ocasion, ayúdale el cielo, es un héroe.

Antes y despues del hecho sublime, es hombre y nada mas que hombre: solo en el instante de la inspiracion divina es superior á sus semejantes.

¡Bendiga el cielo estos instantes, y muchos de ellos conceda á esos brillantes jóvenes que forman nuestro ejército, sobre todo cuando se trate de asentar sobre bases sólidas la independencia española! ¡Cuando todos unos, formen nuestros pechos una impenetrable muralla que cerque nuestra patria, en que solo demos entrada á la amistad, y de que rechacemos la condicion y la desleal alianza!

Mientras tanto, sigan esos jóvenes nutriéndose de buena doctrina, severos acaten las leyes rígidas de la obediencia, y entreguen su corazon á la belleza, mientras crece su otra desposada: la gloria. Entregados á sus sentimientos, solo terribles en el campo de batalla, abran el corazon á la placentera fortuna de ver sobre su frente, como luceros del alma, dos ojos ligeramente empañados en tiernas lágrimas, que vierten esa luz misteriosa é indefinible del amor. Si la gloria está en el vencimiento que obedece á la voluntad, la felicidad descansa en la abnegacion que

postra el querer ante la magestad sin trono. El hombre resiste á la fuerza, cede á la dulce y amorosa debilidad; de los trozos del acero vencido, forma un cetro que regala y obedece.

Si hay un sistema de vida que ejerza un influjo poderoso en los afectos humanos, alguno que predisponga á los sentimientos que interrumpen la monotonía de la existencia, de seguro nada que exalte mas la imaginación hay, ni nadie desarrolla con mas empeño los instintos amorosos, que la carrera militar. La constante ocupación de ideas morales, el sueño jamas interrumpido de la gloria, que es el misterioso objeto de otro amor no menos sublime, la ociosidad poética de los quehaceres materiales, todo nutre en el áurea esa inclinación interesante á nuestra naturaleza que nos impele sin treguas hácia lo maravilloso. Y el amor no es otra cosa que el engañador espejo, la fantástica realización de una aspiración indefinida.

El militar, por lo tanto, cruza en sus muchas horas de recreo las calles de nuestras grandes poblaciones; su porte decidido, su traje caprichoso, sus mostachos marciales, y en suma su aspecto varonil place al bello sexo, porque una extraña ley de la naturaleza quiere que jamas el amor anude dos cuerpos iguales, dos semejanzas físicas, sino dos pensamientos morales, no idénticos, sino armónicos. — El que es objeto de esta atención simpática, ve con la fé, que es la vista del alma, perfecciones indeterminadas en aquel débil ser que implora, en una mirada, su afectuoso pensamiento, porque rara es la vez que no nace de la frágil compañera del hombre el primer suspiro y el primer deseo. Eva tentó á Adán, y aun que este hecho no fuese una verdad, sería una verídica parábola.

El desenfado militar y el hábito de vencer los mas duros obstáculos son causa de que interprete la hermosa, como extremo y vehemencia de afecto, lo que es tan solo el cumplimiento de una necesidad imperiosa. El militar empieza gustado de una hermosa, la solicita con empeño, en gracia de sus costumbres, y suele terminar aficionándose á ella de un modo extremo, cediendo al imperio de una voluntad no tomada. Esta reunión de circunstancias, el mucho tiempo que consagra el militar á su amada, y el arrojo natural en quien ha emprendido una carrera de aventuras y riesgos, son causa de que se cimente brevemente en bases, aunque deleznales, singulares, la unión de estas dos voluntades.

Otras veces, y no son estas pocas, el hijo de Marte, según el estilo antiguo, para interrumpir el fastidio de su ociosidad, para alimentarse su afición á los contratiempos, ó en fin para vencer el tedio de la monotonía, se entrega al pasatiempo de los galanteos, y sin saber de qué modo, ó sabiéndolo tal vez, concluye en serio compromiso lo que no debió ser sino recreo de algunos instantes. Es lo cierto que, por poco, por escaso que sea el amor ó la certeza del objeto amado, si la voluntad y el firme propósito la ayudan, la mano santa del himeneo pone fin á una extraña serie de cartas, citas, ausencias y goces. El militar no tiene residencia fija, y esto aumenta la tristeza poética de su condición; la ausencia embellece, el papel regado con lágrimas es elocuente, una hoja de rosa mensajera de mil besos, habla al corazón ya enternecido, y las memorias de un ligero favor nutren un afecto naciente. Llega, mas tanto, por fortuna la propicia ocasión de regresar al lugar que fue teatro de tan codiciado triunfo, y el júbilo de un regreso feliz, el cariño que no ha podido disminuir el prosaísmo del diario trato, labran poco á poco una situación de la cual ¡oh dolor! no hay mas salida que una.

¿Qué hacer, en efecto, cuando vencedor en el campo de batalla, objeto de la atención pública, favorecido con los elogios de la prensa, cubierto el pecho

de cruces, y el cuerpo de ligeras heridas, ve un hidalgo militar á su lado una interesante jóven que le ayuda á sobrellevar sus angustias, y se goza en sus alegrías? ¿Una jóven que, posponiendo á tan puro cariño el de un prosaico hacendado y soñoliento, ó sórdido agiotista, ni se cura de bienes que llaman de fortuna, ni teme arrostrar las fatigas de continuos viajes, ni las escaseces de privaciones continuas, ni los riesgos y dolores de la prematura viudez? Aun cuando el hombre, en general, escéptico y maldiciente, dude de la existencia del amor en la mujer, el militar, considerando su peculiar posición, no puede menos de dar crédito á tan noble sentimiento. Porque ni su riqueza atrae, ni su descanso seduce, ni la posición que da su nombre embriaga; por el contrario, fuera toda rémora, si el idealismo de la fantasía, y la intensidad del sentimiento no imperasen de tan absoluto modo en la naturaleza femenina.

En fin, el amor, como los mas sublimes afectos de la vida, no tiene mas fin que uno prosaico y vulgar. El invierno llega tras de la primavera, la noche tras el día, la muerte tras la vida, y el santo matrimonio tras el amor. Dios que lo ha dispuesto así, sabrá por qué las miserables criaturas no alcanzamos la causa de esa incomprendible ley que á todo principio da placer, y dolor á todo fin.

Ha pasado el tiempo en que era necesidad de la caprichosa moda maldecir del lazo conyugal, en que era vulgar y prosaico rendir la cerviz á esa posición final, término de las locuras juveniles. En el día, por el contrario, ya que no mas morales, mas hipócritas tal vez, es fuerza de las exigencias públicas afectar una rigidez y virtud que raya en la severidad del castigo. Así balumbándose el hombre entre dos polos de error, gira constantemente sobre un eje de fanatismo. No hay medio entre el sí y el no á los ojos de esa pública opinión, reina tiránica que castiga á sus adversarios y no premia á sus amigos.

En punto á matrimonio creo yo, como de otras muchas cosas, que su bondad es relativa. Santo estado para el rico en demasía, y el pobre con extremo; por lo que ayuda al uno á brillar y al otro á padecer; para el acomodado plebeo, modesto en las necesidades del corazón como en las del bolsillo; para el hombre político que debe á la sagacidad de su mujer el secreto ajeno, la reconciliación y la neutralidad; para el ambicioso que sube en alas de una caricia femenina; en suma, para quien busca el modesto goce ó la inmortal fortuna, — pero dogal para quien metiéndose en sueños poéticos, há menester de libertad para girar por los espacios, de tiempo para engolfarse en las meditaciones, y de entusiasmo para volar á la muerte.

El militar pertenece esencialmente á esta última categoría, y al casarse se suicida ó inmola una víctima á un mero capricho. Puede casi asegurarse que, cuando el militar se casa, pierde el estado la ciega abnegación de un entusiasta servidor, el vergel de las gracias femeninas una flor y planta, la sociedad el vástago de un árbol que ha de dar un día fruto de dolor. La misma nobleza y el honor acendrado que inspira siempre el ejercicio de las armas, echa en el corazón del militar casado las raíces de un afecto de familia, tan prosaico y pacífico que amortigua ese fuego sagrado, sin el cual ni hay acciones heroicas, ni esclarecidos capitanes; y la pobre flor arrancada del tallo materno, no para adornar régios salones, sino para cruzar el orbe entre cieno y sangre; no en busca de un fin glorioso, sino objeto de un recreo secundario, pierde su delicioso aroma. De estos dos elementos, principio de vida, si enlace mas natural los uniese, no nace por lo comun sino una familia que es vástago de otra y otras, ella y sus ramificaciones gérmenes de dolor y miseria.

Los bienes materiales escasean por lo general

para el militar, que ocupado de los timbres de su acero, cuida escasamente de los bienes terrenales. La riqueza no es un elemento de felicidad, pero el bienestar es una condicion indispensable de tranquilidad, base de todo porvenir, y los hijos concebidos en la miseria nacen raquíticos de cuerpo y alma.

Vivia hace ahora mas de veinte años, en un castillo feudal de los pocos que hay todavia en pie en nuestra hermosa patria, una jóven entonces de quince abriles, tan hermosa y pura, que los ángeles si asoman la cabeza por entre el celaje de púrpura la acatáran y amáran. Acostumbrada á vivir desde su mas tierna infancia en el recogimiento y retiro, era

su única distraccion cuidar de la venerable ancianidad de su padre, y escuchar como premio la historia de las proezas que habian inmortalizado su apellido. Don Cárlos Osorio era en efecto uno de los mas merecidamente célebres de los tiempos pasados, que recordaba haber pisado como vencedor el suelo de Francia, y haber roto el lazo de la esclavitud en Dinamarca, siendo amigo y compañero del justamente memorable marques de la Romana. Después de haber pagado á su patria el tributo de su sangre, con la poca que en sus venas le quedaba se habia retirado al castillo de Allariz, patrimonio heredado de sus mayores, en donde cuidaba de su

MINISTERIO
DE LA GUERRA



G. 114

La Viuda del Militar.

huérfana hija, y desde cuyo punto seguia las hazañas de su único hijo varon, heredero de su nombre, y esperaba él de su nombradía.

Catalina, que tal era el nombre de la pura é inocente solitaria, estaba metida en esos principios severos de honor y delicadeza que van de dia en dia perdiéndose, á medida que las pasiones bastardas de la codicia y egoismo echan raices en nuestro suelo clásico de la exagerada credulidad. El aislamiento en que vivia le daba mas espacio y calma para meditar con mas alinco y amor la historia de su valeroso padre, que célebre entre sus contemporáneos, habia contribuido á cimentar el mas santo de los principios; la independenciam nacional. Su hermano, que á la sazón tambien estaba afiliado bajo las banderas nacio-

nales, alimentaba este fuego del honor en el corazon de la jóven doncella, la cual no concebía dicha mayor que la de estar enlazada por todos los vínculos de la sangre y de los lazos sociales, á una familia de ilustres guerreros. De aquí una terrible predisposicion para recibir en su alma agradables emociones que mas tarde la perdieron.

Los tiempos eran turbulentos, las guerras diezaban la juventud, é ilustraban á aquella parte que no habia sucumbido en el combate. Acrecentaba esta circunstancia el interes que inspiraba á Catalina la ilustre clase que su padre habia honrado y honrando estaba su hermano. Compañero de este, y muy distinguido, era entonces D. Antonio de Povar, capitán en uno de los regimientos mas conocidos de la época.

Durante una licencia que el hermano de Catalina consiguió para pasar las pascuas en su casa, á ella le acompañó su inseparable amigo el jóven Povar. Era este de marcial apostura, de continente severo, gallardo porte, y mirada serena aunque penetrante. Su lenguaje era el de un hombre á quien no arredra la guerra ni pesa la paz, que espera en la fortuna, y no duerme en esta esperanza. Cortés con las hermosas, digno con los hombres, ni arrogante, ni humilde, nipreciado de sí mismo, ni en demasía modesto.

Durante su corta permanencia en el castillo, Catalina reparó en tan estimables y extrañas prendas, entregando insensiblemente su corazón á la dulce esperanza de ser objeto del afecto de militar tan distinguido. Sus coloquios con él eran afectuosos y sencillos, y lo que sus lábios no se atrevían á decir, sus tiernos ojos lo expresaban sobrado. El jóven oficial, aunque dando entrada en su alma á tan dulce sentimiento, volvió á sus filas despues de manifestar sobrado cuán duradero seria en su corazón el recuerdo de su mansion en el gótico castillo.

Trajo mas tarde la fama á los oidos de Catalina nuevas proezas de Povar, proezas que tenían á sus ojos el doble mérito de ser inspiradas por su amor, y ser juzgadas como hechos heróicos por el veterano Osorio, tan esquivo en alabanzas. Acrecentó esta fama y las apasionadas cartas del jóven vencedor el afecto y ternura de Catalina, quien un año mas tarde volvió á ser el objeto de su amor, entregándose con mas abnegacion y entusiasmo á su pasión.

No tardó mucho en que, siendo de ello consentidores su padre y hermano, diese Catalina la mano de esposa á D. Antonio Povar, el cual, aunque sin bienes de fortuna, jóven y valiente, abrigaba la risueña esperanza de adornar un dia la cintura con una faja de general, ilustrando así su nombre y el de su descendencia. Dispuso la suerte injusta otra cosa: despues de rodar algunos breves años Catalina por los yermos de Castilla, por las fragosidades de Aragon y por las ardientes playas de Andalucía, sufriendo las penalidades todas de una vida continua de campamento, perdió á su marido muerto heróicamente en una sangrienta refriega, quedando, por lo tanto, viuda con una niña de pocos meses. Como coincidencia desventurada, la vez habia abrumado á su padre y la guerra á su hermano, pasando el mayorazgo, que era única fortuna de su casa, á una línea lateral, por ser condiciones precisas del fundador que las hembras fuesen excluidas de esta herencia.

La infeliz Catalina, criada en el regalo y la paz, se vió así, jóven y despedazado ya el corazón, entregada á la miseria y expuesta, con su huérfana hija, á sofocar en la pobreza y abandono las lástimas de un dolor mas agudo. Es una creencia que abrigo muchos años hace: nada hay de mas próspero para el desventurado por afecciones morales que el dolor y ocupacion continua de las escaseces. Se ha dicho, con una verdad de observaciones que maravilla, que

un cuidado ha muerto á muchos,
y muchos no han muerto á nadie.

¡ Infeliz de aquel á quien el ocio del bienestar le permite entregarse, sin tregua ni descanso, á la agonía incesante del agudo dolor!....

Catalina en su afliccion no halló otro camino que tomar, que venirse á Madrid, con el fin de solicitar la limosna que el gobierno da á las infelices viudas de los valientes, con esa poquedad y tibieza que atestigua la dureza de las corporaciones. Los antiguos amigos de su marido la sirvieron algun tanto durante los primeros tiempos, interin no vino el desuso á interrumpir el hilo de sus relaciones. Encerrada dia y noche en la lobreguez de un cuarto humilde, se entregaba sin descanso al cuidado y á la

educacion de su hija, como quien cifraba ya en esto solo su porvenir y felicidad.

Así pasó muchos años, sin quejas ni lamentos, viendo á muy pocas personas, y tranquila, ya que no feliz, en su retiro. Aunque escasa su pensión de viuda é insuficiente para las comodidades de la vida, en esta tierra clásica de la abundancia y de la frugalidad, se necesita tampoco para vivir que la misera Catalina no echaba de menos sus antiguas comodidades. Pero los tiempos empeoraron: el desórden en la administracion y hacienda, los gastos de una guerra fratricida y la penuria del tesoro, fefluyeron en daño y perjuicio de las que, como Catalina, vivian con el escaso sustento que les daba el estado. De mal en mal, fue haciéndose tan insegura la época de las pagas, que apenas con ellas se podia contar para cubrir las tristes necesidades de la existencia material.

Entonces empezaron para la interesante viuda de Povar las lástimas y duelos: entónces las lágrimas marchitaron su rostro enjuto ya por la vigilia y el ayuno, y entónces la pobre madre empezó á sentir el dolor de amor con extremo, á otro por débil, cuyo valimiento no alcanzaba á reparar tal desdicha. La desgracia une á los seres, y Catalina adquirió entónces, por la necesidad de su posicion, relaciones con otras infinitas viudas, que en igual caso se hallaban y gemian menos. Quiso saber en qué consistia que algunas tan desvalidas como ella no mostraban el mismo terror á la pobreza, ni se asustaban al aspecto del hambre, del frio y de la desnudez. Supo entónces con dolor, que existen en la sociedad plagas de que ni idea hasta entónces habia tenido, y vió con dolor que á veces da el cielo hermosura á las mujeres como en triste castigo y plaga del género humano; supo que el ingenio que escita la miseria, es tan agudo que penetra en lo mas secreto y recóndito de los inventos, que solo la virtud muere de hambre, y que querer es vivir.

Una de sus conocidas le ofreció iniciarla en sus secretos; ni era jóven, ni hermosa, y por lo tanto no temió sus asechanzas. Nada, en efecto, tenia que temer su pudor pues aquella otra viuda, pura, en el sentido del recogimiento femenino, nunca habia recibido con impureza los halagos de hombre ninguno, ni se aventuraba á las orillas del piélagos de corrupcion; pero, habia abandonado su suerte á manos del acaso, y ninguna de las conveniencias de esta posicion le era extraña. El dia, para ella, se partia en dos importantes divisiones; la una era consagrada á los constantes quehaceres del cobro de su mezquina paga, la otra con consumir en esas inmundas cloacas en que tantos incautos dejan cada dia su fortuna y su felicidad. Las casas de juego son, en Madrid, el albergue de muchos que, sin mas patrimonio que la vigilancia y la frialdad de su cálculo, abusan del acaloramiento é inexperiencia de los noveles adeptos y se aprovechan de sus arranques de atolondramiento. A estos seres sin alma, que protege la prudencia de sus adversarios, seguia con asiduo afan la amiga de Catalina, arrastrando á esta en tan torcida via. La desdichada viuda luchó infinito, pero al fin sucumbió, no á abandonarse á un tráfico ilícito, á una ventaja conocida; pero á aventurar sus escasos recursos á una carta; en suma, á ser la menos diestra de las cuacas. Este es nombre significativo que los jugadores dan á ese enjambre de marimachos que frecuentan las casas de juego, que llevan siempre escaso dinero, que apenas juegan, y que, por un secreto que nadie ha podido ó querido adivinar, no pierden jamas.

La hija de la desgraciada Catalina tiene ahora diez años: es hermosa como lo fue la madre, antes que los dolores enflaqueciesen su rostro; tiene la educacion que trasmite la sangre, y la que su madre pudo darle en las horas de su retiro; abraja el instinto de todo lo bello, el amor de todo lo puro. Sin embargo, pasa

su vida acompañando á su madre en las casas de juego; lejos sí, del fatal tapete verde, pero en el corro de compañeras suyas de desventura, y ¡ojalá pudiera decirse de pureza!... En los instantes de desesperación, llenos los lábios de imprecaciones, mostrando cuanto de mezcrua tiene la naturaleza, se acercan á ellas jóvenes corrompidos, agostados en su tallo, y con chanzas indecorosas tratan de ahogar la rabia de la esperanza burlada. Otras, el júbilo de la ganancia inspira á aquellos mozaletes dichos que, por ser agudos, no son menos duros á los oídos puros; y por último, de vez en cuando, algún jóven seducido por la exaltación de las pasiones, no por el vicio, se acerca con aire mastímido á consolarse de sus pérdidas, dulce y sentimentamente, al rebaño de tímidas palomas. ¡Quiera el cielo, protector de la inocencia, que algunos de estos en cuyo corazón no ha podido echar raíces el vicio, se incline á la modesta huérfana de Povar, y al contemplar tantas virtudes, contribuya á su felicidad y á la de la desventurada Catalina.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

LA MONJA.

Los institutos de doncellas consagradas al culto divino, han sido conocidos de todos los pueblos antiguos y modernos. Los egipcios, los persas y los griegos, tuvieron estos colegios con diferentes nombres; y entre los romanos (cuyas costumbres nos son mas conocidas), es bien sabido que las vestales disfrutaban de las mas altas consideraciones. Al arribar los españoles al Nuevo-Mundo, hallaron con sorpresa tales institutos en aquellos remotos países; y lo que es mas extraño todavía, con el fin de conservar un fuego sagrado y perenne que formaba una parte de los objetos de su culto, á imitación de los romanos, y de otros pueblos de Grecia y Asia. Tales eran las llamadas *Pallas*, en el imperio de los Incas, que cuidaban del templo del Sol: no menos notables eran en el imperio mejicano las doncellas sagradas, de las cuales nos han trasmitido algunas curiosas descripciones varios historiadores de los que escribieron aquellas célebres conquistas.

Aun cuando sea poca la analogía que haya entre aquellos institutos y los de nuestras Monjas, y no sea de absoluta necesidad el recordar aquellos cuando se hace mención de estos otros, siempre es muy digna de observarse y ser tenida en cuenta, la idea de la existencia en tan diferentes pueblos y en casi todas épocas, de reuniones de doncellas consagradas al culto divino. Pero al arribo del cristianismo, tomó esta idea mas alto vuelo, y purificada de las ridículas preocupaciones de la idolatría, pudo dirigirse á un fin mas perfecto. «Había (dice Fleury al hablar de las costumbres de los primeros cristianos), multitud de doncellas que consagraban á Dios su virginidad, ya por consejo de sus padres, ya por movimiento propio. Llevaban la vida ascética y no se estimaba la virginidad que no estaba acompañada y fortalecida con una grande mortificación, con el silencio, reclusión, pobreza, trabajo, vigiliias y continuas oraciones..... En aquellos primeros tiempos vivían la mayor parte de las vírgenes consagradas á Dios en casa de sus padres, dos ó tres juntas, saliendo solamente para ir á la iglesia en que tenían su lugar separado de las demas mujeres.» En seguida describe igualmente la vida de las viudas, que tambien se dedicaban al servicio de Dios, y de las llamadas *Diaconisas*.

Poco á poco estas reuniones fueron regularizándose,

especialmente bajo la dirección de algunos varones piadosos: en el Occidente se debió esto con especialidad á la regla de San Benito, la cual, segun varios autores, ya era conocida en España durante el siglo vi. Los monasterios eran entonces por lo comun de los llamados *dúplex* ó dobles, porque se componian de dos recintos destinados unos para hombres y otros para mujeres, bajo la dirección de un mismo abad. Todos ellos padecieron mucho y fueron suprimidos en gran parte durante la destemplada persecución de Witiza, y concluyeron de ser aniquilados en la invasión sarracena. Pero así que los españoles principiaron á avanzar en su reconquista, trataron de restaurar algunos de ellos, movidos, no solamente de un espíritu de devoción, sino tambien por una razón de economía. En efecto, aun cuando sea igual el número de nacimientos de hombres y mujeres, es indudable que las causas de mortalidad son mayores entre los hombres. Mucho mas debian serlo entonces cuando la nación luchaba entre las convulsiones de una guerra sangrienta y devastadora, disputando el terreno palmo á palmo y regando con su sangre cada terron que conquistara. Por otra parte los combates al arma blanca hacian todavía mayores las matanzas, y en los momentos de tregua, volviendo los cristianos contra sí sus propias armas, deslindaban sus querellas particulares por las vias de hecho, con tanta saña y furor como desplegaron contra los árabes. Todo esto contribuía á que el número de mujeres fuese extraordinariamente mayor que el de los hombres, y que para consuelo de las que no pudiesen, ni quisieran aspirar al matrimonio, se establecieran aquellos asilos de la piedad, y á la vez del infortunio.

Presidían á veces, por lo comun, en aquellas fundaciones, la religiosidad y la munificencia de los príncipes, y á veces las hijas de los mismos reyes daban el ejemplo, encerrándose en el claustro con las señoras mas notables y las doncellas mas brillantes de la corte. Tales son entre otras muchas fundaciones por este estilo que se pudieran citar, la de San Juan de las Abadesas en Cataluña, y las de Oña y las Huelgas en Castilla. Tambien el espíritu caballeresco de aquella época se revelaba en las fundaciones de los monasterios, y al paso que se instituían las órdenes militares, se fundaban casas para mujeres con el título de Comendadoras. Allí se retiraban á veces las esposas é hijas de los caballeros mientras marchaban estos á la guerra, ó bien permanecían en ellas para llorar su prematura viudez si tenían la desgracia de perderlos en las sangrientas lides. En aquellas casas de Comendadoras la clausura no solía ser tan estrecha, salían con ciertas precauciones fuera del recinto del monasterio, y gozaban de algunas comodidades que hicieron mas llevadera su situación comparada con su pasada opulencia. Su regla era por lo comun la de San Bernardo.

Recordamos con motivo del instituto, la fundación del monasterio de las Bernardas de Avila, en cuya iglesia (segun Gil Gonzalez Dávila, tomo II, del Teatro Eclesiástico de España, pág. 238), hay un mármol con los siguientes versos que copiamos, por ser tan curiosos como poco conocidos, y contener varias particularidades muy notables acerca de los monasterios en aquella época.

Don Sancho obispo de Avila señor honrado dió muy buen ejemplo como fué buen prelado, fizo este monasterio de San Benito llamado y dióle muy grandes algos por do es sustentado.

Puso hi muchos dueños y dioles su Abadesa e dioles libros e vestimentas e iglesia muy cumplida e de muchas joyas la fizo enriquecida.

Puso hi capellanes que cada día cantasen e las horas bien rezasen, e por todos rogasen dioles rentas con que bien pasasen.

E porque el monasterio fuese bien gobernado á la visitacion al Obispo su prelado, e non de otro regulado.

Andaba la era cuando fue acabado 1388 por mejor ser rememberedo, e dio gracias á Dios el Obispo mucho honrado.

Infiérese de aquí, que en la época en que se compuso aquella leyenda, era mas favorable la opinion á los monasterios sujetos á la jurisdiccion ordinaria, que no á los que obedecian á los prelados de sus órdenes respectivos. En efecto, al propagar sus institutos los fundadores de las órdenes religiosas, en especial las mendicantes, hicieron extensivas sus reglas á las mujeres, decayendo por lo comun la direccion de estar á cargo de los prelados de su órden. Solian nacer de aquí disputas entre los ordinarios y los regu-

lares sobre competencias de jurisdiccion, con menuda de la severidad y disciplina monástica.

Otra clase de Monjas era tambien conocida en España, hasta fines del siglo xvi, con el nombre de *Emparedadas*. Designábase con él á unas doncellas ó viudas, que se retiraban á vivir en alguna habitacion de cualquier iglesia, cuidando de su aseo y limpieza y sin salir de su recinto, de donde les vino el nombre de *Emparedadas*. Su instituto, segun las noticias que de ellas restan, parece aproximarse mas bien al de las antiguas Diaconisas, que no al de las Monjas posteriores.

Diferentes eran las causas que conducian á estas á renunciar al mundo para retirarse por toda su vida y vivir muriendo en aquellos piadosos asilos consagrados á la piedad. Una educacion religiosa y entusiasta conducia por lo comun á ellas, tiernas donce-



La Monja.

llas, que desconfiaban de un mundo que no conocian, pero que se les pintaba con colores tan negros como exactos. Terribles desengaños, esperanzas burladas, ilusiones desvanecidas, pérdidas de fortuna y otras mil causas dolorosas, solian tambien conducir á ellos algunas mujeres, que cual incautas mariposas habian visto chamuscadas sus alas, al revolotear en derredor de una luz, que las deslumbrara con su brillo, y las aturdiera con suave y engañoso color. No pocas veces la viudez desamparada buscaba un rincon donde gemir, y el arrepentimiento un albergue donde llorar pasados extravíos.

Solemnes eran tambien las ceremonias y el rito

con que la Iglesia católica habia revestido aquella separacion. Vestida de ropas elegantes, como la que camina al desposorio, se acercaba la pretendiente á la puerta del monasterio con una luz en la mano, rodeada de sus amigas y de sus tristes padres. Allí la comunidad la recibia entonando cánticos sagrados y despojándola de su brillante ropaje, le vestia un tosco sayal, ó bien una blanca túnica, símbolo de su pureza. Sus blondos cabellos, objeto de su orgullo y de su ornato, caian sobre una bandeja al impulso de una tijera; y despues de aquella dolorosa operacion, la abadesa cubria su cabeza con un velo blanco y sencillo.

Un año después, las puertas del monasterio se abrían por segunda vez á la novicia, y se cerraban en pos de ella, lanzándola del monasterio: veíase entonces de repente en medio de sus padres y de sus amigas, ante un concurso numeroso presidido por varias autoridades eclesiásticas y civiles, para que la emisión de su voto fuese sincera, y pudiera recibir toda la protección necesaria en caso de una negativa. El obispo en persona, ó su vicario, le dirigían la palabra, pintándole con vivos colores las privaciones á que se exponía si tomaba la resolución de continuar en su santo propósito, la pureza de alma y cuerpo que exigían los desposorios místicos que iba á contraer, la austeridad que exigían los votos que iba á emitir, y finalmente, la desesperación que se apoderaría de su alma si imprudentemente se empeñaba en aquel camino, del cual no le era dado retroceder. Al oír su resolución afirmativa insistía hasta tres veces, exhortándola á retirarse y desistir de su propósito: entonces todavía era tiempo; un momento después ya no había lugar á retroceder. Las puertas del monasterio se volvían á cerrar nuevamente en pos de ella con un sonido pavoroso, semejante al de la losa sepulcral, que retumba sobre el ataúd, y las paredes del claustro parecían al repetir aquel eco lúgubre, decir á sus oídos: *para siempre*. La muerte misma no era suficiente para arrancarla de aquel recinto, dentro del cual recibían sepultura sus despojos mortales, separados aun entonces del resto del mundo. Una huerta no muy espaciosa, objeto á la vez de utilidad y de único recreo, era todo su mundo; las altas paredes que la hacían impenetrable á las miradas curiosas en todo su horizonte.

Su vida, aunque monótona, participaba de los sencillos placeres de la inocencia y de aquella tranquilidad interior que se aproxima á la bienaventuranza, y que es la única dicha del hombre sobre la tierra. Las olas de la amargura penetraban rara vez en aquellos retirados asilos; la iglesia velaba con esmero por la suerte de sus hijas predilectas; sus pequeños defectos eran escrupulosamente vigilados y corregidos; y cuando la discordia y las pasiones venían á turbar la paz habitual de sus silenciosas bóvedas, la voz del sacerdote se dejaba oír allí robusta y dominando los rumores de aquella pequeña tempestad.

Tal fue por muchos años el estado de las Monjas: favorecidas de los príncipes, mantenidas por la grandeza, respetadas y aun veneradas por el pueblo, sucedíanse tranquilamente unas á otras de generación en generación, cual se suceden los árboles en los incultos bosques, crecediendo los retoños sobre los despojos que les dieran ser. Vióse entonces á muchas de ellas descollar en diferentes ramos y conquistarse un lugar harto honroso en la historia de la Iglesia y hasta de la literatura, para prez y gloria de su sexo. Bastará citar entre ellas el nombre de Santa Teresa, no menos célebre por su espíritu religioso, que por sus escritos, sus acciones y su célebre empresa de la Reforma.

Pero pasaron aquellos tiempos, y ya á fines del siglo xvii, dejóse oír por varias partes un rumor sordo contra los institutos religiosos. Creció este durante el siglo xviii, yendo en aumento progresivamente, y ¡cosa extraña! se las ridiculizó aun mas ágríamente que á los frailes, sin consideración á su sexo y á la imposibilidad en que se hallaban de volver por sí. La sátira y el ridículo se apoderaron de todas sus acciones y palabras. ¿Quién no ha oído un cúmulo de anécdotas vulgares sobre su culti-latini-parla, y los graciosos quid-pro-quos en el rezo del oficio divino? ¿y quién ignora aquel manoseado refrán con que se pondera la importunidad de sus regalos, y que suele aplicarse á ciertos presentes de mal agüero? Pero donde se dirigieron principalmente los tiros y las invectivas, fue contra la educación que daban á sus edu-

candas, y que ha pasado hasta nuestros días con el apodo de gazmoñería monjil. No se quedó corto en cuanto á esto Isnarco Celenio, en su célebre comedia del *Sí de las Niñas*, y con todo sus invectivas en el día parecen imperceptibles, á vista de otros escritos posteriores sobre las Monjas.

En efecto, llegó el año 34, y todos los escritores prosistas y poetas, tuvieron comozon por escribir acerca de ellas y sacarlas á lucir en todas sus composiciones. Descolgarónse los novelistas con la *Monja sangrienta* y la *Abadesa*; la *Monja Alferéz* que pocos años antes había salido á lucir el talte, pudo ya desde entonces campar por su respeto, como lo había hecho en vida. Los folletinistas, que vienen á ser las guerrillas del gran ejército literario, llenaron los cuartos bajos de todos los periódicos político-sociales, con novelas traducidas ó refundidas en que intervenía alguna comunidad de Monjas, ó cuando menos la superiora de algun convento. Al mismo tiempo las puertas de las estamperías estaban llenas de láminas monjiles, en cada muestra había una Eloisa junto á una Julieta, una Monja orando, mas allá, en otra estampa, una novicia dando á besar la mano á un jóven por entre las rejas del locutorio, mientras que una vieja con anteojos los acechaba desde la puerta.

Pero los que han explotado de lleno el tipo desde entonces hasta ahora, han sido los autores dramáticos. ¡Virgen del Tremedal, y qué avenida! Del año 34 acá, no ha habido apenas comedia en que no hayan salido Monjas, y á poco que siga el turbion, las actrices van á encarecer los hábitos. Un drama sin Monjas es poco menos que una ópera sin timbales, y es cosa de ver, cómo aquella parte del público que oye misa casi todos los días de fiesta, se extasia con un trozo de maitines cantados al arpa, porque es de rigor en los maitines teatrales el acompañamiento de arpa.

Pero lo mas notable es la exactitud con que están representadas en tales dramas las escenas de la vida monacal. Allí los hombres entran y salen por la puerta ó por las bardas con una franqueza que encanta, y se meten de rondon en el cuarto de la Monja que buscan. Esta se halla vestida con su túnica blanca y escapulario azul, que es traje de rigor, y suele estar en aquel momento postrada ante un crucifijo, con su correspondiente lamparita, diciendo cosas tiernas y patéticas, como v. g., que el crucifijo le recuerda la memoria de su novio, y que la pasión de Cristo fue tortas y pan pintado para lo que ha tenido ella que pasar. Porque es de notar que la muchacha no estaba por toca, sino por *casaca*, pues se hallaba perdidamente enamorada de un mocito de mala cabeza, pero buen corazón, mas su padre, que es un vejete testarudo si los hay, se empeña en casarla con un caballero de mala entraña y siniestra catadura, al cual no puede ver ella ni aun pintado, mas que se lo pesen de oro. Pero á lo que está mas apurada, entra el galán y la convence de que lo mejor es irse con la música á otra parte, y *velis notis* se la lleva por la puerta del jardín ó por algun subterráneo, y cuando no, todo se reduce á tirarse de la torre abajo, que para casos tales paga la empresa un tramoyista.

Por lo que hace á los caracteres; todos, lo mismo en dramas que en novelas y folletines, son cortados por una tijera. Es de rigor que la superiora sea algo boba, pero que quiera mucho á la educanda, novicia ó lo que fuere, la tornera será chismosa é intrigante, la vice-superiora envidiosa é hipócrita. Habrá tambien una novicia íntima amiga y confidente de la cuitada doncella, y si es preciso hacer reír un poco se meterá por medio al demandadero, que es papel muy socorrido.

Tal es el modo de pintar á las Monjas comunmente, y por él así conoceremos el tipo, como las costumbres de España por las traducciones y refundiciones, que

á cada paso nos echan á las barbas las empresas de teatros.

Con estas ideas que bullian entonces en muchas cabezas, sobre la tortura en que vivian las Monjas, lo arrependidas que estaban de su vocacion llamándose á engaño, las arterias y amenazas con que á muchas se las habia reducido á tal estado, esperábase que en el punto en que se abrieran las puertas de los conventos se llenáran de Monjas las calles y los paseos. Recordábase á este propósito la escena que pintó Montengon en su Eusebio, de una jóven á quien sus padres habian convencido á latigazos para que se metiera Monja, con objeto de acrecentar el patrimonio de sus hermanos; citábase algunos casos análogos, y los periódicos transcribieron al mismo tiempo algunas cartas de varias Monjas, pidiendo al gobierno su exlaustracion y pintando con horribles colores la persecucion de que eran víctimas. Ya los enamorados de oficio se preparaban á la conquista de las *pálidas bellezas*, como entonces se decia, y los coleccionistas de cartas amorosas preparaban en sus neceseres un espacio destinado para *seccion de Monjas*. Aun recordamos haber visto por entonces varios billetes de este género en poder de un oficial, que solia enseñarlos á cuantos gustáramos verlos, respondiéndole de su autenticidad: bien es verdad que el pobre era mas devoto del quinto, que del sexto y octavo.

Pero llegó la hora, las puertas de los monasterios se abrieron de par en par, y el gobierno obsequió á las prófugas con la halagüena perspectiva de un estancillo; mas ellas estuvieron quietas en sus conventos y las que salieron se han calculado en la proporcion de una por doscientas. Al ver tan inexperada resistencia se las sitió por hambre, y el bloqueo fue por algun tiempo *ainda mais* rigoroso que o d'Almeyda: se las privó de sus bienes, y aun sus ahorros y sus mismos dotes no se libraron de las rapantes uñas de la Amortizacion. No faltaron tampoco agentes subalternos, que en vez de suavizar las medidas del gobierno, las exasperaron en cuanto estuvo de su parte, sembraron la cizaña dentro de la clausura, se complacieron en expulsar las Monjas de los sagrados recintos donde pensaban acabar sus dias, y los demolieron infructuosamente, para arrancarles hasta la esperanza de volver á ellos: finalmente, para quitarles hasta el consuelo de comunicarse sus penas las dispersaron, trasladándolas á monasterios de diferentes órdenes. Su virtud se trató de gazmoñeria, sus padecimientos se atribuyeron al despecho, su constancia se calificó de fanatismo, cual si no mereciera calificacion mas honrosa el dejarse morir de hambre, ó arrastrar una vida semejante á una lenta agonía, por no faltar á sus votos y solemnes compromisos, por no desertar de sus banderas.

Desde entonces su existencia ha estado á cargo de la piedad pública, y de la generosidad nunca desmentida de los españoles. El bello sexo hubo de encargarse en todas las principales poblaciones, de velar por la existencia de las Vírgenes del Señor y la humanidad respondió á sus voces. ¿Y quién pudiera leer sin conmoverse aquellas desgarradoras palabras con que se anunciaban al público sus padecimientos y las tristes pinturas de la extrema necesidad á que se hallaban reducidas? Unas veces se anuncian por boca de un prelado, que ve morir sus hijas de inanicion sin tener un pedazo de pan que alargarles, ni una medicina con que calmar sus dolores. Otras veces por la solicitud de una alma compasiva que grita á la puerta del templo « ¡ un bocado de pan para las pobres religiosas ! » Por lo general han sido mayores los padecimientos de los monasterios situados en pequeñas poblaciones: en algunos se han visto precisados á comer los desperdicios de los manjares mas groseros, en otros habiendo vendido hasta los últimos muebles se hallan reducidas á no tener dónde sentarse y dor-

mir sobre el suelo, cubriéndolo con los últimos harapos de los miserables hábitos sus miembros transidos por el hambre y por el frio.

Cuántas veces á media noche al salir de las tempestuosas orgías, ó bien acosados por el insomnio, habreis oido el melancólico sonido de una campana, cuyo eco se pierde en el espacio turbando ligeramente el reposo en que yace la naturaleza. Aquel pequeño ruido llama á las Vírgenes del Señor, que dejando sus pobres lechos se reúnen para dirigir plegarias al Altísimo, y con acento pausado y misterioso le piden perdon de sus pequeñas culpas y de los delitos del pueblo, implorando al mismo tiempo sus bendiciones sobre los que las persiguen. Una pequeña lámpara, sustentada con el aceite de que se privan en su alimento, pende en medio del santuario, y su trémula luz ilumina apenas las altas ojivas del templo y las sombras de las recónditas capillas. Entre tanto en la casa vecina se oye el concierto de una estrepitosa orquesta, los balcones abiertos para renovar el ambiente despiden un raudal de luz, mil antorchas iluminan los vastos salones donde reinan el bullicio y algazara. Allí mezclados en voluptuosas danzas, jóvenes elegantes y apuestas bellezas, se agitan en caprichosos giros, mientras que sus sentidos todos se hallan bajo la influencia de un aturdimiento indefinido que embota la sensacion y hasta los goces mismos.

Aquella es la casa del banquero opulento, del aristócrata nuevo que compró por una cantidad insignificante los bienes de las vírgenes del Señor, arrebatándoles sus dotes y su mantenimiento. En aquel momento gasta en un festin las rentas con que durante un año se mantuviera toda la comunidad; y con todo, al oír los melancólicos tañidos de la campana, que resuenan cual misteriosas aldabadas en la puerta de su corazon, sus lábios se han plegado con ironía, y los jóvenes y las bellas dejando por un momento sus placeres y amorosos coloquios, han calificado á las Monjas de necias y fanáticas, su austeridad de locura, sus virtudes de hipocresia. ¡ Así juzga el mundo !

Quizá parecerá demasiado sério este artículo á muchos de nuestros lectores que esperarán probablemente oír picantes anécdotas de locutorio, chistosos quid pro quos en el rezo del oficio divino, golpes de candor y de chocante sencillez, las travesuras de las novicias, las industrias de los demandaderos, golpes magistrales de los capellanes, los apuros de los padres confesores, comentarios sobre los dulces, las natillas y los escapularios y otras mil cosas á este tenor, que de sabidas se callan. Sensible nos será el haber defraudado tales y tantas esperanzas; pero en verdad que estamos muy lejos de arrepentirnos: en efecto prescindiendo de lo manoseado que está ese género de anécdotas monjiles, parece lo mas adecuado al describir un tipo, hacerlo segun las impresiones del momento. ¿ Y quién seria capaz en el dia de tratar festivamente y con ligereza á toda una clase tan respetable á un tiempo bajo su aspecto religioso, como digna de lástima por su aciaga suerte? ¿ De tigre tuviera el pecho quien á vista de sus actuales padecimientos diera cabida en él á otro sentimiento que al de la compasion !

Por otra parte el entredicho que pesa sobre estos institutos, prohibiéndoles el dar velos y admitir profesiones, los condena á morir de inanicion: por esta causa al hablar de varios de sus actos y en especial de la emision de sus votos y el ingreso en religion, los hemos consignado en pretérito, como pertenecientes á la historia. Un solo instituto ha logrado levantar de sí el entredicho, y es el de las hermanas de la Caridad. Los hospitales, hospicios y otros establecimientos de beneficencia reclamaban esta medida, y los pueblos mismos la exigian del gobierno. Una vez levantada la prohibicion, multitud de jóvenes piadosas han corrido á llenar las vacantes: los pueblos, se han

apresurado á llamarlas movidos de razones poderosas de aseo y economía, y hasta nuestras antiguas colonias americanas han pedido algunas de ellas, facilitando los recursos necesarios para el objeto.

En algunos pueblos extranjeros se han puesto ya bajo su direccion casi todos los establecimientos de beneficencia, los colegios de ciegos y sordo-mudos, y lo que es mas extraño hasta las casas de correccion, teniendo en estas á su cargo las personas necesarias para ejecutar las disposiciones penales repugnantes á su piedad y á su sexo. Los ensayos que se han hecho no han podido ser mas satisfactorios, y hacen desear que se intentasen en nuestra patria, cuyos establecimientos de beneficencia se resienten por lo comun de un desaseo repugnante, y de las dilapidaciones mas monstruosas autorizadas y sancionadas por la costumbre.

¡Jamás las órdenes del gobierno ni las predicaciones filantrópicas de los humanitarios, ni la vigilancia y el rigor mas esquisitos lograrán introducir en los establecimientos públicos la abnegacion, la limpieza y la puntualidad que reinan en los departamentos confiados á las hermanas de la Caridad, y mucho menos su esmero por aliviar no solamente los padecimientos físicos, sino hasta los morales de los infelices confiados á sus desvelos.

¡Hay cosas que apenas y con gran dificultad consigue el oro, y que son harto sencillas y asequibles para la fé y la piedad cristiana!

VICENTE DE LA FUENTE.

EL SEISE DE LA CATEDRAL

DE SEVILLA.

Tu buena fortuna no te ha conducido nunca, lector benévolo, á la hermosa ciudad llamada por Mariana «noble y rica entre las primeras de Europa;» por Calderon «gala de las ciudades;» por Montalvan «sal de Andalucía;» por Cervantes

«Roma triunfante en ánimo y riqueza;»

y de la cual dijo el docto Aldrete que «por muy largo que uno fuera en su elogio, siempre se quedaria corto.» ¿No has visto nunca á la cuna de Murillo, á la patria de Rioja y Arguijo, á la madre de Velazquez y de Herrera? ¿No has visto á la ciudad cuyos pies besa blandamente el Guadalquivir con sus limpias y serenas ondas, á la que encierra en sus muros el preciosísimo alcázar de los antiguos reyes moros, la magnífica Catedral, la suntuosa Lonja y la eminente Giralda? ¿No conoces á la opulenta, á la célebre sobre toda alabanza, insigne á maravilla, famosa á todo ruedo, gloriosa entre las mas gloriosas ciudades, á la poética, á la encantadora Sevilla?

Si por ventura has gozado de tantos y tantos placeres como brinda tan nunca bien ponderada ciudad, habrás oido hablar alguna vez del tipo, cuya monografía me propongo escribir, contando con que tú te propondrás leerla, pio lector: reciprocidad sobradamente justa. Entonces nada tiene de extraño que recuerdes las gurulladas que en las tardes de la octava de la Concepcion ó del Corpus invaden las gradas de la catedral, y entran por sus anchurosas puertas con el deseo de oír la música y de ver bailar á los Seises. Habrás penetrado, supuesto aquello, en la gótica basílica, prodigio del arte, templo digno del Dios á quien está dedicado, cuando la luz del crepúsculo de la tarde colora apenas los pintados vidrios

de sus altas ojivas y rosetones, y cuando empiezan á lucir con todo su esplendor los gruesos cirios colocados en sus anchas columnas, los cuales alumbran las espaciosas naves y el terso pavimento enlosado con riquísimos jaspes. Habrás respirado aquel ambiente empapado en el suavísimo olor del aromático incienso cuyas nubes velan el suntuoso altar de plata y ondulan en las elevadas bóvedas, y por último habrás visto bailar á los Seises.

A la verdad, la escena que voy á describir es de las mas bellas que ofrece el espléndido culto que siempre se ha tributado en la catedral de Sevilla al Dios verdadero, y una de las mas interesantes que presenta el catolicismo en sus festividades.

Los Seises, como indica su propio nombre, son seis; mas en las danzas bailan diez: para este caso se visten de Seises los colegiales ó *mozos del coro* de mas baja estatura. El autor de un manuscrito, que posee un amigo nuestro, titulado: «Ceremonial de la Santa Iglesia de Sevilla desde 1677 á 1681,» describiendo la fiesta del Corpus, dice: «vestido, pues, su Ilma., vienen los Seises y le bailan, habiendo antes bailado al Santísimo Sacramento delante de la custodia, luego á los tribunales, primero á la inquisicion y despues á la ciudad. Es de advertir que estos niños son diez, vestidos con baqueros y calzones de tela carmesí, y gorras y otros aderezos que paran en poder del veedor; y son los Seises que hay, y los que faltan *suplen colegiales los mas pequeños.*» Relacion que indica la antigüedad de aquella costumbre.

Colócanse, pues, los diez Seises ó *niños cantorcos*, como en otro tiempo se llamaban, ante el altar mayor en dos filas de á cinco una en frente de la otra á los dos lados del retablo, de modo que no vuelvan las espaldas al Santísimo Sacramento, que brilla en un trono de plata, terciopelo y diamantes, y dan principio al baile, tañendo las castañuelas de marfil, y cantando, si es la octava de Concepcion, los siguientes villancicos, que aunque carecen de mérito literario, son los que hace mucho tiempo sirven para estas festividades.

Salve, ¡oh Virgen! mas pura y mas bella
Que la aurora y que el astro del dia;
Hija, Madre y esposa ¡oh María!
Y la puerta de Dios oriental.

ESTRIBILLO.

A la Madre de Dios escogida.
Compañeros cantad,
Y de España Patrona real,
Compañeros cantad, concebida
Sin pecado original.

COPLAS.

Norte fijo en el mar proceloso,
Nos libertas del duro naufragio,
Arca santa, que fuistes presagio
De salud y de vida al mortal.
Porque á tí ni el silbido espantoso
Del soberbio áquilon se resiste,
Ni del cócico impuro acreciste
Ni un momento el inmundo raudal.

En Carnaval y en la octava del Corpus cantan estos otros:

Candor de la luz eterna
Que para no deslumbrarme
Ocultas tus resplandores
Y me mandas acercarme;
Mira que estoy en tinieblas,
Y que soy tan miserable
Que hácia tí no puedo irme,
Si tú hácia tí no me atraes.

ESTRIBILLO.

Sol de justicia,
Que entre celajes
Te has escondido
Para incendiarme,
Haz que á mi pecho
Tu amor inflame.

COPLAS.

Aunque estoy ciego y desnudo
No debo desalentarme,
Porque en este Sacramento
Tengo con que remediarme.
Dime, luz inaccesible,
Fuego de ardor inefable,
¿Cómo te recibe el hombre
Y tan torpe y frío yace?

La danza es muy vistosa y sencilla. Se reduce á simples calados, cadenas y vueltas formando líneas undulantes: el paso es el de wals.

Un espectáculo tan primoroso, y hasta cierto punto raro, atrae multitud de personas así de la ciudad como forasteras. Cuando los Seises bailan, las naves principales de la catedral están llenas de todo en todo de sugetos de diversos sexos, edades y condiciones, desde el niño de pecho hasta la provecita santurróna y el octogenario inválido; desde el almirarado pisaverde hasta la desenvuelta cigarrera con las enaguas frisando en la pantorrilla, el delantal de coco, la mantilla de tira al desgaire pendiente de los hombros y el pelámen recogido en una ancha castaña sobre el cogote. Todos acuden á ver bailar á los Seises; y si un curioso asomase su cabeza por una de las puertas de la sacristía, que está detras del retablo mayor, vería por entre los dorados hierros de la gallarda reja del presbiterio un inmenso conjunto de niños en brazos de sus madres ó nodrizas embebecidos con la danza, una multitud de párapos con tanta boca abierta é infinitos mozos y viejos que van á la iglesia, unos por devoción, otros por pasatiempo, tal porque va con su dulce prenda, tal para pasar revista á las muchachas que asisten y saludarlas con los requiebros de costumbre. Y mientras los Seises, acompañados de la capilla de música, pueblan el viento con sus delgadas y acordes voces, y baten las ebúrneas castañuelas, formando círculos, cuadrados y triángulos con los penachos de sus sombrerillos, las garridas sevillanas de negros y rasgados ojos, de sonrosada y breve boca, de rostro ligeramente moreno, de gracioso talle, de tornátiles pies, ocultos hoy ¡mal pecado! en los pliegues de los andalarios, que han sustituido á la airosa y corta saya propia de las andaluzas; las sevillanas, repito, quinta esencia de la gracia, nata de la sal, y flor de lo bueno, burlan la vigilancia de sus dueñas y hacen disimulados guiños y señas de toda clase al atildado galán que como embutido en una de las gruesas columnas, mirando al soslayo, no pierde ni el menor movimiento de su Filis, ni el mas mínimo volver de cara de la sesentona que la acompaña. Hay tambien madres que haciéndose alcanzadizas, fijan atentamente su vista en la danza de los Seises, mientras que un barbilucio jóven introduce boniticamente en la mano de la niña un billete amoroso, y cuando esta operacion se ha concluido, la buena de la mamá vuelve la cara, da con el abanico en el hombro á la muchacha, y le dice, señalando al altar mayor:—¡Qué bonito!—¡Qué bonito! repite la doncella. En seguida la madre, sin apartar la vista del religioso baile y en voz baja, le pregunta:—¿Te ha dado algun papel?—Sí, aquí está. Y ambas desean que la fiesta se acabe, para reirse con el vergonzante novio, examinar su alcurnia desde su mas alto origen, y su hacienda hasta el último ochavo.

De estos lances no faltan en la catedral en ocasio-

nes semejantes, en que los Seises son la envidia de los muchachos, la admiracion de los papanatas, el pretexto de los amantes, el entretenimiento de los hombres curiosos y el alma de la fiesta.

Cuando los Seises acaban de bailar, sueltan sus torrentes de armonía los dos excelentes dobles órganos, tocados por tan diestras manos como las de Gomez ó San Clemente, y empiezan á retumbar en las bóvedas los sones de las veinte y cinco campanas colocadas en la gigantesca torre; en seguida se oculta al Santísimo Sacramento, y el gentío abandona complacido la catedral, derramándose por todas las calles contiguas. Tal es el espectáculo conocido con el nombre de *baile de Seises* en el que estos lucen sus sencillas habilidades y sus primorosos trajes. La escena es de suyo interesante, agradable y digna de ser presenciada. Tal vez nuestra desabrida pluma no habrá acertado á presentarla á la imaginacion del lector en toda su poetica viveza. Pasemos á dar algunas noticias acerca del origen y de la vida de los Seises.

Fácil cosa seria probar que las danzas han sido parte del culto así en la ley natural, como en la antigua y en la de gracia; y para llevar á cabo esta empresa nos habian de servir los testimonios de graves y sesudos varones, en sumo grado respetables y en todo extremo eruditos, si bien un tanto apelmazados en su estilo, y un mucho prolijos y copiosos. Si tal cosa nos hubiera pasado por las mientes, figurarian en este artículo numerosas citas de la Sagrada Escritura. María, hermana de Aaron, y la hija de Lepte ¿no hicieron lo que hoy hacen los Seises? ¿Qué fue en suma David sino un Seise de elevado linaje vestido á la usanza de aquellos remotos tiempos? ¿No dijo el mismo Dios en el Levítico, al prescribir las ceremonias que debian usar los hebreos en la fiesta de los tabernáculos: «tomad ramos de verdes palmas y de otros árboles, y con ellas *saltad* dentro del santuario en señal de agradecimiento.»

San Basilio, D. Martin de Alaya, obispo de Guadix. San Paulino, Aurelio, Prudencio y otros, elogian la práctica religiosa de las danzas y atribuyen su origen al mismo Dios. El doctor Matias Laguner, el licenciado Lara, Covarrubias, Bobadilla, Caro, Roman, Zúñiga y Santo Tomas de Villanueva, refieren y alaban la costumbre de danzar ante el Santísimo Sacramento, practicada en las iglesias de Sevilla, Toledo, Yepes y Valencia; si no temiéramos, en fin, menguar la paciencia de los lectores, aun podriamos añadir algunos nombres á la cáfila de escritores citados, los cuales tratan de este punto.

Creen algunos que la danza de los Seises es un resto de las antiguas famosas *representaciones* y de las vistosas *danzas* de varias clases que acompañaban á la procesion del Corpus en ciertas ciudades principales de España. Parécenos esta opinion fundada, y no vacilamos en adherirnos á ella. Lo cierto es que el autor de estos renglones, por llenar mas cumplidamente su encargo, ha registrado antíquisimos é importantes documentos, y consumido su paciencia leyendo grotescos caracteres, que mas parecen signos de música que de escritura, á fin de ver si lograba desentrañar á punto fijo el origen de los *niños cantóricos* ó Seises. Todo ha sido en vano.

Lo único que hemos podido averiguar respecto á este asunto, es, que por una bula de la Santidad de Eugenio IV, dada en Florencia en 24 de setiembre de 1439, se destinó la racion núm. 20, media para el maestro de capilla y media para los Seises: así está asentado en el *libro de entradas* existente en la contaduría mayor de la catedral. Consta igualmente en los protocolos del archivo de la misma iglesia, que Julio III, por una bula fecha en Roma á primero de junio de 1554, prestó su consentimiento á la creacion del magisterio de capilla.

Es fama que cierto señor arzobispo de Sevilla quiso

suprimir las danzas de los Seises, por creerlas poco conformes al decoro y reverencia debidos al augusto Sacramento. Con este motivo, según se cree, el cabildo fletó un barco y envió á Roma los Seises con el maestro de capilla, para probar al romano Pontífice, delante del cual ejecutaron sus bailes, que los trajes y danzas podían avenirse con la solemne gravedad del culto religioso. Quizá este viaje se verificaría cuando se instituyeron los Seises, ó tal vez por los años de 1690, siendo arzobispo de Sevilla D. Jaime de Palafox y Cardona, celeberrimo por haber entablado en contra del cabildo mas de cien pleitos relativos al ejercicio

de la jurisdiccion y á materias litúrgicas. Aquel prelado tuvo notable empeño en extinguir las danzas que en lo antiguo costeaba el ayuntamiento de Sevilla; para que acompañasen á la procesion del Corpus. Nada tiene de particular que sus escrúpulos se extendiesen á los bailes de los Seises, toda vez que en la consulta que el cabildo hizo al maestro de ceremonias en la citada época, estaban aquellos comprendidos. Como quiera que sea, no ha habido ocasion de acreditar con documentos fidedignos un rumor, que corre en boca de muchas personas ilustradas.

En el sentir de otros, la disputa fue solo acerca de



El Seise de la Catedral de Sevilla.

si los Seises liabian ó no de bailar con el sombrerillo puesto delante del Santísimo Sacramento, y añaden, que el cabildo impetró con feliz éxito un privilegio de Roma, para que los niños cantoricos bailasen de aquella manera. No falta quien dice que la gracia fue reducida al tiempo que durasen los trajes que vestían los Seises al tiempo de la concesion citada, añadiendo que por este motivo no pueden renovarse del todo las vestimentas. Pero ninguno de los apuntados rumores merece crédito, ni ha podido ser comprobado plenamente. Demos algunas noticias acerca de la vida de los Seises.

Pertenecen estos por lo regular á la clase media. Hijos de honrados plateros ú otros artifices, de escribanos ó procuradores, de comerciantes fallidos ó de viudas de militares, son los que se dedican al canto y pretenden la plaza de Seise, despues de haber lucido su voz en alguno de los numerosos rosarios que

en otros tiempos mas que hoy, paseaban de noche las calles del devoto pueblo de Sevilla. A los ocho ó nueve años, pues en llegando á los diez no podían ser admitidos en clase de Seises, buscan sus padres personas conocidas del maestro de capilla, cuando hay vacante por supuesto, á fin de que en el exámen de la voz no sea rigido, y caso de haber otros aspirantes, sea el recomendado propuesto en primer lugar al cabildo. Verificase esto así, merced á la diligencia y empeños de los amigos; el maestro propone los que cree mas á propósito y el primero á aquel por quien ha tenido mas fuertes compromisos; el cabildo los oye cantar y eligen los canónigos á los recomendados por sus amigos, amas de llaves, sobrinas ú otras parientas, supuesto que en punto á música y voces no deja de ser el cabildo juez incompetente.

Alonso Morgado en su *Historia de Sevilla* (1587) dice, hablando de la música de la catedral: «los Sei-

ses son los muchachos de mejores voces que pueden hallarse.» En tiempo de este autor tal vez la censura del maestro de capilla sería mas inflexible, y mas inteligente en música, y con medios por consecuencia para ser mas justo el cabildo; si ya no es que el método de elegir los Seises ha tenido variaciones.

Viven estos en el colegio llamado de San Miguel, bajo la dirección del maestro de capilla y del rector, y usan de varios trajes. El de casa se compone de media negra, calzon corto de paño del mismo color, chaqueta negra de lo mismo y manto encarnado. A la iglesia asisten diariamente con sobrepelliz y manto ú opa encarnada, costumbre que ya existía en 1532, segun se colige de las siguientes palabras copiadas del libro de Estatutos de la Santa iglesia de Sevilla, cuando habla de los colegiales ó mozos del coro: «traerán opas moradas é no sean coloradas, porque haya diferencia de los otros Seises.»

Cuando salen los Seises de paseo, ó van á visitar á sus parientes, visten el manto encarnado, hoy de paño, *in illo tempore* de rica grana, bonete del mismo género y color, beca azul, media negra y zapato de cordoban con orejillas y botones de metal.

Pero el traje mas galan y lucido es el que les sirve para danzar en los octavas del Corpus y de Concepcion y en Carnestolendas, y con el que está representado el figurin que acompaña este artículo. Compónese de un sombrerillo forrado de raso blanco, el cual tiene al frente una roseta del mismo género, plegado, de donde parte el plumero de una tercia de alto, celeste y blanco: la copa está rodeada de una cinta de los mismos colores. El año de 1837, siendo mayordomo de fábrica el Sr. D. Manuel Lopez Cepero, tuvo alguna variacion la hechura de los sombrerillos, que en aquella época se hicieron nuevos. La copa tomó la forma cilíndrica, por la parte superior ligeramente ovalada; el ala es ancha, á la chamberga, y recogida por el lado izquierdo de donde parten unas cuantas graciosas plumas blancas y celestes que caen en el lado opuesto. Ciñen el cuerpo con el baquero, el cual viene á ser un roncillo que llega desde el cuello hasta la pantorrilla, abrochado por delante con botones de oro y adornado con pasamanos del mismo metal. El baquero es de tela de seda celeste y blanca, y se sujeta por el talle con un cinturón del mismo género prendido con una hebilla de acero, y tiran de él hasta que sube, formando buches, mas arriba de las rodillas: lo cual hace el traje mas airoso y agradable á la vista. De los hombros bajan hasta medio muslo dos tiras de igual tela como de tres pulgadas de ancho. Los Seises les llaman las aletas, y hacen de ellas látigos y disciplinas con que se sacuden mutuamente el polvo, al descuido del rector ó maestro de capilla: así están las aletas como el lector puede figurarse, y son las partes del traje que primero se rompen. Sobre el baquero cae una banda de la dicha tela como de seis dedos de ancho, la cual descansa en el hombro izquierdo y da vuelta á la espalda. Es de advertir que la banda muda de hombro, segun el sitio que el Seise ocupa en la danza, á fin de que esté del lado del altar la roseta que la adorna. La golilla y los puños son de encajes. Sigue el calzoncillo corto de la propia tela con una roseta semejante en cada uno de los lados de la parte inferior hacia afuera y en medio un botoncillo de oro. El calzado se compone de ricas medias de seda con viso celeste, y de zapatillas de finísima garceta blanca con un lindo moño formado por lazos de cintas blancas y celestes.

En lo antiguo tal vez el calzado era de otra especie, atendiendo á que por un acto capitular del siglo XVI se manda comprar á los Seises varias piezas de su traje y *borceguies*. Las zapatillas son seguramente mas cómodas y á propósito para las danzas.

El traje que hemos descrito es el que sirve para la octava de Concepcion; el que visten los Seises en Car-

nestolendas y en la octava de Corpus se diferencia algun tanto de aquel en los colores, tales como el plumero que en las últimas fiestas es todo blanco, del mismo modo que la cinta que rodea la copa del sombrerillo; el baquero es encarnado, la banda de gró blanco, los lazos de las zapatillas son blancos y encarnados, y el viso de las medias del color último.

En tres épocas del año danzan los Seises, á saber; en las octavas de Concepcion y Corpus, y en Carnaval. El día del Corpus van en la procesion junto á la custodia, y danzan ante la audiencia en una especie de palenque que se prepara al intento. Si el rey viene á Sevilla se le obsequia con un baile de este género, como en varias ocasiones se ha verificado. Así en un libro que tiene por título: *Annales eclesiásticos y seculares de la M. N. y M. L. ciudad de Sevilla, que comprenden la Olimpiada ó lustro de la corte en ella*, y en que se describen las fiestas que hizo aquella ciudad cuando estuvo en ella el Sr. D. Felipe V en 1729, dice el autor, hablando de una visita que hizo S. M. á la iglesia catedral para examinar á solas sus preciosas riquezas: «entraron en el coro por una de las dos pequeñas puertas colaterales á este altar (el de Nuestra Señora de Belen) y repararon en los niños Seises, vestidos de golilla, y baqueros á lo antiguo, y diciendo á SS. MM. que en aquella moda hacian diversos bailes, quisieron verlos, y se sentaron en uno de los bancos que sirven á los capellanes del coro, no queriendo admitir las sillas que luego se les pusieron, sino con la familiaridad de padres cariñosos: estuvieron viendo las mudanzas que hacian, y oyendo su acordada música con especialísima complacencia.»

El traje de los Seises ha sufrido muy pocas alteraciones, si se atiende á las citas que hemos hecho, y á que en una historia manuscrita del santo rey D. Fernando, custodiada en el archivo de la catedral, enumerando el autor las liberalidades de su cabildo, dice, hablando de los dependientes que costea: «los Seises que con manto carmesí y beca azul sirven á la música.»

Don Fernando de la Torre Farfan en su obra intitulada: *Fiestas de la Santa Iglesia de Sevilla al culto nuevamente concedido al Sr. Rey D. Fernando III de Castilla y de Leon, año de 1671*, se expresa así: «Formóse tambien otra danza con los niños Seises desta Santa Iglesia al modo de las coreas antiguas ejercitadas de las festividades de las ninfas, y aclamadas con los aplausos de los poetas. Para este dia se vistieron de tela rica de plata sobre color encarnado, con cabos blancos de la misma tela, gorras y bandas del propio fondo confundidas en penachos blancos y encarnados; gala con que sirvieron en sus ordinarios ministerios en el coro y en el altar desde las primeras vísperas, y aquí iban tejiendo aquellos antiguos coros, danzando y cantándole al santo real triunfador suaves cantilenas.»

Levántase el Seise á las siete de la mañana, y estudia ó debe estudiar música hasta las siete y media, esperando con vivas ansias que suene la campana que lo llama á almorzar; oye por fin el deseado toque, y arrojando á un lado los libros y papeles, sale de su cuarto saltando, desperezándose, y haciendo zapateadas; dura el refectorio hasta las ocho, á esta hora se alían, y poco despues asisten al coro de la catedral, colocándose tres á cada lado del facistol por orden de antigüedad. Dos están de semana para cantar los versos, y uno por turno diario canta la calenda. Cuando asiste la capilla de música tienen el cargo de repartir los papeles.

Los Seises son en la iglesia la viva imágen del movimiento continuo. Ya juegan con las cadenas que sirven para sujetar los libros de coro, ya con los escudetes de las sobrepellies de los veinteneros, ya plegan las mangas de las sayas, ora hacen la cascarieta, ora se pellizcan y se empujan, ocultándose de-

tras del facistol para huir de la vista de los canónigos, quienes á vista de sus travesuras les echan ásperas reprimendas; ya en fin salen del coro corriendo unos detras de otros, y dando vueltas agarrados de una mano á las columnas que sustentan la especie de atrio que da entrada á aquel lugar. Salen por último del coro con la misma compostura con que á él han asistido, y van al colegio á estudiar música hasta el medio día, hora en que vuelven á sonar los deliciosos golpes de la campana que los llama al refectorio. Después de comer tienen dos horas para dormir siesta; reposo que, á decir verdad, se habrá verificado pocas veces. Esta es la hora en que los Seises juegan á los naipes, y fuman, y ponen en prensa su diabólico magin para buscar medio de escaparse de noche, ó de robarse mutuamente el tabaco y el dulce, y en mas de una ocasion ha sido el fruto de estas meditaciones el encontrar el rector estiércol en el tarro que encerraba sabrosas y regaladas tortas, ó gruesos y magros chorizos.

Y no haya miedo de que el Rector los sorprenda en estas ocupaciones, por mas que ande chiticallando y calce zapatos de paño, porque ya el Seise ha previsto el riesgo de ser descubierto, y ha metido la mano en el cajon del incienso á un descuido del sacristan y sacado una cantidad de resina en polvo, suficiente á denunciar los pasos del rector, regada mañosamente por el suelo del claustro. Pero ¡ay de los poco diestros si sus tretas se averiguan! porque pagan su torpeza ó su desgracia con sufrir una ronfla de palmetas, ó una docena de azotes, ó cuatro horas de cepo, ú otros tantos dias de abstinencia á pan y agua; castigos terribles los dos últimos para quienes no pueden vivir sin el movimiento y la comida, y son de suyo revoltosos y glotonos.

Por la tarde asisten al coro, despues estudian, á las oraciones rezan el rosario, al poco tiempo cenan, y en seguida se acuestan para descanso del rector y de ellos propios, y tambien para restaurar sus fuerzas con el sueño y proseguir su interminable série de diabluras al otro día.

Cuando hay vacaciones salen á paseo con el rector ó van á sus casas, en donde soltando el manto y el bonete, ejercitan todos los juegos propios de la estacion, que en esto se parecen á las frutas los tales juegos. Si es en primavera trepan á los tejados y remontan las pandorgas; si en otoño, el baile de los trompos les sirve de entretenimiento; ya en fin, y esto es oportuno en cualquier tiempo, baten las tarreñas, ó cabalgan en escobones á guisa de brujas, sustituyendo los morriones, cartucheras, y demas arrees militares de papel, al bonete y al manto.

Y por este estilo continúa la vida del Seise, como la de cualquiera otro muchacho que está en algun colegio, hasta que muda la voz. En este caso da parte al cabildo, y solicita y obtiene de él una ayuda de costa, ó cierta pensión que en otros tiempos existía para los que habian servido cuatro años en clase de Seise. Si solo habian sido tres los años de servicio, por este solo hecho ganaba una beca de colegial; tipo cuya onomatografía ha sido ya objeto de un artículo de esta obra.

El Seise que hemos descrito con desaliñada pluma es el de antaño, digámoslo así. Hoy está completamente relajada su disciplina; para ellos ha venido tambien la exclaustacion; perciben solo tres reales diarios; la enseñanza está descuidada; ni saben latin, ni música, ni tienen maestro que los enseñe á danzar, y si cualquiera sigue á un Seise luego que acaba de bailar, lo verá despojarse de aquellas graciosas galas, vestigios de su antigua gloria, vestir una remendada capotilla, encasquetarse una descuaderada gorra, y entrar despues en su casa, que es un taller de carpintería ó una tienda de zapatero.

En el destino ulterior del Seise, como en todas las

cosas de este pícaro mundo, tiene mucha influencia su buena ó mala fortuna: frase con que gran parte del género humano explica la Providencia divina, que todo lo dirige y gobierna. Si es desgraciado, sigue su vida de aprendiz de sastre, de escribiente de algun procurador, ó cuando mas de sacristan de la catedral. Pero si navega con viento en popa, alcanza mas altos puestos y existencia mas descansada y regalona: así no faltan abogados de alto copete, canónigos de numerosas campanillas, cuando estas hacian ruido en el mundo, y estirados jefes politicos, los cuales en sus niñeces han calado el sombrerillo, ceñido el baquero y repiqueteado las castañuelas ante el altar mayor de la catedral de Sevilla.

JUAN JOSÉ BUENO.

EL RATERO.

Dicen que está escrito,
Y no sin razon,
Ser la privacion
Causa de apetito.
CERVANTES.

Así lo dice Cervantes, carísimo lector, y así es preciso creerlo; no porque él lo diga, sino porque es la verdad: verdad tan lata que todo lo comprende y que mas que á cosa alguna viene como de molde al tipo que paso á bosquejarte.

Llama *Ratero* el Diccionario de nuestra lengua al *ladron que hurta cosas de poco valor, ó de las faltriqueras*, como si fuera hombre tan de conciencia que, al asir con sus dedos cosa de mucho valor la soltara arrepentido, ó como si las faltriqueras fueran única y exclusivamente del dominio de su ilimitada destreza. Aunque no es una cuestion académica la que voy á tratar, diré, con permiso de la Academia, que comprendo al *Ratero* en una mas lata acepción, de la cual, poco á poco se irá penetrando el lector en el curso de este articulo.

Paso á ocuparme del que tal vez se habrá ocupado de tí, por mas que tú no hayas reparado en él; del que te habrá consagrado alguno que otro recuerdo; del que en alguna ocasion, ya que no de alivio á tus pesares, te habrá servido para aliviar el peso ó los pesos de tu bolsillo; del que vive por tí y para tí; del hombre, en fin, cuya fuerza motriz es la astucia y una constante y perpetua voluntad; que de cuanto ve se enamora, cuyo corazon sensible mira como *cautivo* cuanto otro tiene y procura ponerlo en libertad, y que vea la luz, y que respire el aire, á riesgo de no ver luz en mucho tiempo y respirar el aire de un inmundo calabozo. El principal instrumento de que nuestro héroe se vale, la herramienta con que este artista elabora sus trabajos, son las manos, esas joyas inestimables, iman precioso que por un impulso natural atrae cuanto mira; cuanto mira! sí, porque las manos del *Ratero* tienen ojos: mejor dicho, porque las manos del *Ratero* son una demostracion viva, palmaria, de que todos los sentidos pueden reducirse al tacto; con las manos ve, con las manos olfatea, con las manos gusta, con las manos oye, porque con las manos toca y toca sin sentir. De todo esto se deduce que, para ser *Ratero* hay que empezar por no demostrar sentidos.

El *Ratero* nace desde que tiene uso de razon; da muestras de su precoz talento en el mismo hogar doméstico, y en él empieza desempeñando el papel de raton, al menor descuido en que se deja abierta la despensa. Esta ratería, sin embargo, la cura la edad, y entre familias decentes raro es el niño que cultiva el *arte* fuera de su casa. No sucede otro tanto

con alguna de las familias pobres, en las cuales se deja ver el *Ratero* en mantillas, educado por una madre desnaturalizada, que no contenta con la desgracia de que participan aquellos tiernos pedazos de sus entrañas, con ser pobre, se avergüenza de pedir una limosna. Mirala, lector, cómo celebra que aquel niño inocente la lleve unos cuantos carbones rapiñados de una sera. Mirala cómo emplea en aquella alma cándida las malas artes, y cómo la afición de tomar lo ajeno (que por algún puntapié que le dan ya conoce que lo que toma es contra la voluntad de su dueño) se extiende y propaga en la inocente criatura. Ahora bien; elige entre esa multitud de niños, que por coger carbon reciben el apodo de *espigadores de trigo negro*, el que mejor te parezca, recorre las plazuelas por la mañana y en ellas le encontrarás haciendo felices ensayos en los diversos puestos de carnes y pescados, frutas y demas; obsérvale bien, y ya le veras al lado de una tabla de carnicero, en ademan de estar escuchando sin malicia, una conversacion, al paso que trata de ocupar las manos con algun trozo de morcillo que la madre le ha indicado, ó en su defecto con lo que esté mas cerca; ya recostado sobre una banasta de fruta hurtando con maña, como hijo del primero que se aproxima á comprar, ya bailando al rededor de una viejecita, de la cual pasará por nieto para muchos, con el objeto de *achantarla* á la mejor ocasion una parte de su *recaudo*. Pero llega un dia en que le cogen *con las manos en la masa* y en que tratan de averiguar para quién es aquello que roba. No creas lector que la madre, que por lo regular se encuentra en la plaza, venga en defensa de su hijo, ni temas tampoco que este la ponga en un compromiso: sabe que el pez por la boca es muerto, que en boca cerrada no entran moscas, que al buen callar llaman Sancho, y á todo calla como si fuera un mudo, sin que la amenaza ni el castigo basten á sacarle una palabra del cuerpo. ¿Pero qué se hace con un niño? Lo regular es que reciba unos cuantos golpes, que lejos de infundirle arrepentimiento le sirven de leccion, quiero decir, le hacen poner mas cuidado en sus raterías, que procura ensayar el mismo dia para satisfacer la vindicta de su conciencia.

Los años pasan y el niño se propone hacer mejor uso de sus manos. Mirale, retratada en su semblante la inocencia y la mansedumbre. Síguele los pasos, y á poco rato le encontraras ejecutando un papel altamente cómico y erizado de dificultades. Ve como observa los movimientos de aquel caballero que le precede, cómo al mismo tiempo extiende su vista á todas partes para dominar la situacion, cómo haciéndose el distraido le mete una mano en el bolsillo, cómo sus delicados dedos se apoderan de cuanto en él se deposita; obsérvale bien y no sabras dónde lo esconde; estudia su fisonomía angelical á la par que dolorida, y contempla la imperturbable serenidad con que se vuelve al caballero para pedirle una limosna, cuando este presiente que le han sacado algo del bolsillo. Pero no te aturda eso todavía, examínale mas, fijate en él cuando echándole la culpa de la ratería, exclama con el mayor desenfado; ¡yo, caballero!... ¿yo? y pide que le registren, y grita y mueve escándalo, y con un lamento profundo se vuelve diciendo á cuantos le rodean: ¿yo ladrón? y todo esto arrasados los ojos de lágrimas, y á manera que el actor se atrae las simpatías del público, excita el *Ratero* la compasion de cuantos allí se encuentran logrando que digan de él: ¡pobre muchacho! Triste espectáculo es el que en tal caso se presenta; triste espectáculo es el de ver á un caballero humillado y desmentido por un ser miserable y abyecto, que ha logrado ponerle en ridículo y hacerle retirar con subidos colores en el rostro, oyendo decir de sí tal vez se vendria sin pañuelo...» Entre tanto el *Ratero* continúa desempeñando á lo vivo su papel, y ahogado por el llanto sale

de entre la multitud, no sin alguna limosna debida á la caridad del que ha sacado la cara por el.

No le abandones todavía, síguele la pista, que al volver unas cuantas calles notarás que ya encuentra compañía: no te cures de que sea persona decente por su porte, repara en ella, y á poco rato de seguro conoceras ser la misma que con tanto interes, poco antes habia salido á su defensa: esa persona es una de tantas que cansadas de cursar el arte, han encontrado medio de sacar un buen partido sin la menor exposicion: á sus manos va á parar cuanto el *Ratero* encuentra; y por uno, dos, ó medio, se hace dueño de lo que vale veinte ó treinta: en cambio tiene que dar instrucciones á su discípulo, quien con una simple seña conoce adónde se ha de dirigir para practicar una *buen obra*: el *Ratero* camina á su objeto con toda la confianza que presta semejante auxilio, que no consiste solo en tener un defensor en caso necesario, sino en prepararle y ponerle el toro para la muerte, ya por medio de apretones, porque gente es esta que en las apreturas comete los despojos, ya dando una pisada oportuna al infeliz que se lamenta de su pie, sin saber que el *alivio* le viene entonces por las faltriqueras. No te espante, lector, no poder observar dónde se mete el *Ratero* lo que tan diestramente saca; si quieres verlo, colócate detras de su padrino, mírale sacar la izquierda por debajo de la capa, y cómo de esta manera ambos ponen sus manos en comunicacion pasando el cuerpo del delito de un criminal á otro mayor. Así se ve que aunque la persona robada vuelva la vista en el acto, no consigue nada: podrá sí, dirigirse al que le parece el ladrón, pero no conseguirá otra cosa que mover escándalo: en tal caso el padrino es cuando mas trabaja; él es el primero que se pone de parte del caballero y pide que se le registre, y se ofrece á registrarlo y lo registra. ¡Ah, tunante! ¿cómo ha de parecer el pañuelo si ya lo ha puesto á buen recaudo el mismo que trata de encontrarlo? Luego que todos se persuaden de que nada tiene y nada se le puede encontrar, se pone de parte del *Ratero* y echándose de imparcial, se coloca en tan buena posicion, y emplea tan perfectamente sus palabras, que hasta la misma persona robada duda si llevaba pañuelo ó es que lo ha dejado en casa. Y esto no sucede así una vez, sino cada dia, cada instante; así es, que solo cuando una persona va sobre aviso, porque ha visto que le sigue pájaro de mal agüero, á quien tal vez ha puesto el cebo, es decir la punta de un hermoso pañuelo fuera del bolsillo, es cuando el *Ratero* suele, si antes no le hace seña el ayuda que tiene muy buenas narices para olerlo, caer en la red que se le tiende. Pero aun caso de pillarlo con el cuerpo del delito... ¡no! porque eso raya en lo imposible, sino con la mano en el bolsillo, es en su ayuda el buen padrino. En caso tal poniéndose de lado del caballero le *ayuda* á dar con él de pescozones, de modo que parezca muy fuerte y no lo sienta, y si ve que la cosa va mala y está próximo á caer el muchacho en *malas manos*, hace que caiga en las suyas que son las mejores: se reviste de la autoridad de policia, ó quizá no tiene necesidad de revestirse; y cogiendo al *Ratero*, como le ha visto la gente que ha sido el primero á maltratarle, creen todos de seguro que le lleva á la cárcel, y hace un servicio al público, el que no es mas que un salvo-conducto de ladrones. El *Ratero* en estos casos se da por altamente satisfecho, y recibe como muy buenos los golpes que le dan, seguro de que el daño que le causan le ha de evitar otro mayor.

Al fin y al cabo llega un dia en que no le alcanza la bula, aunque tambien hay bulas para *Rateros*; un dia en que no es autoridad falsa con aquella que tropieza, y en el que son vanos cuantos recursos de salvacion ofrece el arte, como á un descuido no ponga pies en polvorosa á riesgo de quedar ensartado en la

carrera; ese día terrible, ese día de prueba es el primero en que la sociedad le procura una escuela, porque la escuela de ladrones, y cárcel, amigo lector, son en España una misma cosa. A ella es conducido y en ella verifica su entrada, con tanta mayor gloria, cuanto arriesgada fue la empresa que quiso cometer y le salió fallida: allí le rodea cuanto de escogido tiene el arte: los maestros se disputan á porfía aquel discípulo: entabla relaciones con todos ellos; cada cual le examina de su cosa, y si conocen disposición en el muchacho, obliganle á ensayarse en el primer desgraciado que entra en aquella sentina de maldad á confundirse con los criminales, y cursa allí la sutileza, y aprende á tirar á la navaja, y juega con sus compañeros, y roba lo que le ganan, y quiere cobrar el barato, hasta que voluntarioso de gloria y ardiendo en deseo de reducir á la práctica las subli-

mes teorías que aquella casa, centro de civilización, encierra, se resuelve á salir de la cárcel. Y cuán fácil sea esto no hay mas que preguntárselo á un escribano, en la seguridad de que él sabe cómo se consigue.

Fuera ya de la cárcel; cobrada la perdida libertad, casi, casi, le asalta el deseo y pensamiento de hacerse hombre de bien: reflexiona en un momento tranquilo, que el arte tiene quiebras y se meteria á fosforero, ó á desempeñar un oficio menudo si tuviera alguno que le diese la mano, pero; ¡quién da la mano á un Ratero sin que se esponga á quedarse sin ella! Por otra parte, de seguro, cuando viera pasar por la Puerta del Sol uno de aquellos pañuelos cuyas puntas ondulán á merced del céfiro ligero, que convidan, que van diciendo, *robarme*, echaria á rodar la caja y exclamando; pues qué no hay mas que ganar el dinero



El Ratero.

por ochavos! fiaria á su destreza y extremada habilidad, el tener en un instante lo que no ganaba en un mes. Así pues, nuestro hombre que está por lo positivo, quiero decir, por tomar lo que otro tiene, se decide á continuar sus estudios *prácticos*, con provecho suyo y ajeno tambien, que al fin y al cabo al que le privan de una cosa que tiene para su uso, lo regular es que acuda á la tienda á comprar otra: y así como el vidriero rie cuando oye el chasquido de una vidriera, á la manera que el zapatero goza en los tropezones que causan la pérdida de un tacon, del mismo modo el comerciante abre tanto ojo, los dias de fiesta en que las calles de la capital á manera de rio

revuelto prestan sin riesgo la ganancia á los pescadores de pañuelos.

Decidido, como digo, á continuar sus estudios prácticos, se agrega á un compañero, que con serlo, dicho se está que no habrá de ser *rana*. Juntos los dos, lo primero que hacen en cuanto la luz del dia los alumbrá, es leer el Diario: allí encuentran noticia exacta de cuantas funciones de iglesia se celebran, y á aquellas encaminan sus pasos que conocen han de llamar mas la devocion. Acude, lector, tú tambien y observa el héroe que ahora llama tu atencion; allí le encontraras donde esté la pila del agua bendita: repárale la cabeza baja en acto de contriccion y cómo

dirige la visual á los bolsillos de la señora, y si no tienes valor suficiente para ver profanado con escándalo el templo del Señor, échate afuera, colócate en el pórtico y repara como algunas beatas que entraron con el ridículo en una mano y el rosario en otra, salen con este íntegro y con aquel cortado por la mitad; colócate al lado de los pobres que á la puerta imploran la caridad, y no dudes oír á una que va á dar una limosna exclamar: ¡ay, que me han robado el bolsillo! á un caballero: ¡pues no me han cortado la cadena y me han robado el reloj! y á otro que le han quitado el pañuelo; y ¡hasta las calcetas le quitarían á uno sin sentir, si fueran prendas de gran valor!

Empleadas así las primeras horas de la mañana, el *Ratero* que no huelga un instante y reparte cómodamente sus trabajos, se dirige con sus compañeros, al medio día, á las afueras de la capital: allí la toma con los lugareños, y es su ganancia tal vez mas positiva que otra alguna con estos infelices. Regularmente á esa hora se tumban al sol para dar descanso al cuerpo de las fatigas de la mañana: como es de suponer, llevan ya en metálico los comestibles ó mercancías que de los pueblos inmediatos han traído á la córte para despachar, y el *Ratero* que sabe y conoce todo esto, se tumba á su lado y no solo le quita al infeliz el dinero, sino la manta ó ropa que tiene para su abrigo. Otras veces, si el forastero tiene carro y se duerme un rato en él, espera á la hora en que haya de marcharse y en ocasion de ir el pobre hombre delante, se cuelga dentro sin ser visto ni oído y se apodera del metálico que dejó por no llevar gran peso. De allí se dirige al río; recorre los tenderos de ropa, y á pesar del excesivo cuidado de las lavanderas, á la menor vuelta de cabeza se quedan sin las mejores piezas que llevan. De este modo al *Ratero* no falta ni camisa buena, ni blanca, antes por el contrario le sobra y vende, ó celebra cambios por otros objetos que mas falta le hacen.

La tarde y la noche la aplica á pañuelos; y como ya no se encuentra en el estado de aprendizaje, como tiene cierta especie de independencia que no tenia antes; en una palabra, como trabaja por su cuenta, suele acontecer que aquellos que en sus tiernos años le servian de padrinos, luego que han perdido la breva de ganar el 200 por 100, le espian y siguen la pista; es decir, desempeñan su papel de polizontes de otra manera: luego que ven sacar un pañuelo se van al *Ratero*, y como han sido cocineros antes que frailes, le obligan á que se le dé su pena de llevarlo á la cárcel: verdad es que no ha sido el primer *Ratero* con quien esto han hecho, que deseando vengarse, ha ido al caballero á quien robó el pañuelo y le ha dicho: «caballero, aquel hombre que va allí le ha robado á V. el pañuelo y lo lleva en el sombrero.» Puedes figurarte, lector, con esto, que el *Ratero* es hombre de chispa y que no necesita para venganza de un resentimiento valerse de sus *manos* como las mas veces suele hacerlo.

El enumerar aquí los infinitos robos y la sutileza con que los ejecuta, seria cosa muy prolija. Si te diré que el *Ratero* no pasa día por él sin que haga un adelanto, sin que lleve á cabo una nueva *jugada*: que cuando necesita estudiar hasta se hace coger preso para que le lleven á la *escuela*: que de ella sale casi siempre bien y como es de todos sabido. Pero el *Ratero* de ley, el *Ratero* que yo aquí te describo no creas que se arriesga á cometer robos de grande consideracion ni busca grandes peligros, á no ser que unos y otros se le vengán á la mano, en cuyo caso no queda mal. Regularmente termina sus días ejercitándose en raterías de un género particular, y que forman el tercero y último periodo de su existencia.

Sabe, pues, lector, que existe en Madrid una sociedad anónima á la cual he bautizado yo con el nombre de *La pelusa*, nombre que como verás muy lue-

go, no va descaminado. Esta sociedad, bastante numerosa, ejercita su habilidad con cuantos forasteros llegan á la córte. Los individuos que la componen se dividen en secciones que asisten con frecuencia á la Parada de palacio, á la Historia Natural, al Museo, á la casa de fieras, al estanque de las campanillas, á las fuentes del Prado, y demas puntos en que hay objetos capaces de excitar la curiosidad del transeunte. Saben al dedillo las posadas donde paran gentes de dinero, y su táctica es la siguiente: Los tres ó cuatro que se destinan á cada uno de los puntos arriba indicados se reparten, y andan cada cual por su lado como si jamas se hubieran visto. En cuanto reparan que alguno se queda mirando con la boca abierta; ¡ya cayó un pez! exclaman, y en el instante cada cual se destaca por su lado á fin de asaltar la plaza. Llega el primero, que siempre será el mejor portado, y como todo el que ve una cosa por primera vez gusta de que se le espiquen, enreda conversacion sobre el objeto que á su vista se presenta. El *pelusa* se ofrece á ser su *Cicerone* en la capital, y el buen hombre al ver tanto favor, naturalmente dice para sí: ¡con qué buen sugeto he tropezado! Pasado un rato se presenta otro *pelusa* haciéndole el borracho y con voz aguardentosa les dice: ¿han visto Vds. por aquí un hombre con un perro, de estas y las otras señas? Contéstale que no, como así es la verdad. El *pelusa* entonces comienza á votar y dice que le habia ganado mucho dinero y que habia ido á su casa por mas, para seguir jugando. Consigue con esto picar la curiosidad de los otros dos, y sacando del bolsillo dos cáscaras de nuez y una *pelusa* de yesca, les manifiesta que el juego consiste en meter á la vista la *pelusa* debajo de una de ellas, y apostar luego á que no se acierta en cuál de las dos cáscaras está. El ladronazo del *Cicerone* empieza apostando, y claro es que logra ganar hasta conseguir del otro que se interese en la jugada, diciéndole al oído «que es un borracho á quien se le puede ganar el dinero.» ¿Quién se resiste á esto? el pobre hombre se mete en danza, y una vez metido, ó no son ellos hombres, ó le despluman completamente; pues toda la rateria consiste en hacer de las cáscaras y la *pelusa* un juego de cubiletes. Rara será la persona que habiendo venido á Madrid no haya tenido ocasion de encontrarse con estas partidas de la *pelusa* en los puntos indicados: si tú no los conoces, amado lector, tómate la molestia de recorrer esos puntos, y en ellos encontrarás el *Ratero* que te he querido describir y que termina sus días de esta manera, sin que la policía venga á turbar su sosiego. Y á propósito de policía, terminaré este artículo repitiendo el texto que le encabeza, *la privacion es causa de apetito*: cuantos mas obstáculos se oponen á una cosa, sabido es que mas se trabaja por conseguirla. Si hubiera buena policía claro es que se disminuirian los *Rateros*, como habiendo muchos gatos se disminuyen los ratones. ¿Pero de aquí, qué resultaria? que se harian mayores progresos en el arte, y tendríamos menos *Rateros* aunque mucho mas finos. Solo de una manera creo posible exterminar la casta: es á saber: poniendo un gato para cada raton. Aun así el remedio seria peor que la enfermedad; y entre gatos y ratones, ó lo que es lo mismo, entre polizontes y *Rateros*, se verian las gentes roidas y arañadas completamente.

JUAN PEREZ CALVO.

LA POSADERA.

Las palabras Posadera y Posadora designan á la mujer que tiene casa de posadas, y hospeda en ella á los que solo pagan. Bien es verdad que el Diccionario de la Academia al dar esta definicion no le plugo usar,